

FOLLETO DE ACTUALIDAD

por

V. S. T.

Integrista desengañado



—LEÓN—

Est. tip. de los herederos de Angel González

= 1893 =

258



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1877

Interim Report



FOLLETO DE ACTUALIDAD

POR



Integrista desengañado



LEÓN

Imp. de los herederos de Angel Gonzalez

1893

A mis buen amigos y Compañeros
en la prensa dedico este ejemplar

El Autor,
Antonio Fernandez
Vitoria

León 27 Abril 1873.



A MIS LECTORES

LEYENDO yo la Carta-manifiesto de Don Carlos de Borbón á su hermano Don Alfonso, fijé mucho mi consideración en tan luminoso y magnífico documento, pero sobre todo en los párrafos en que habla de la Religión y fe de los españoles: «España—dice nuestro amado Rey—no quiere que se ultraje ni se ofenda la fe de sus padres; y poseyendo en el catolicismo la verdad, comprende que, si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.»

«Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el siglo XVI, España está resuelta á conservar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.»

«Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar á España lo que no tiene, á pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar á esa España amada la libertad que solo conoce de nombre; la libertad que es hija del Evangelio, no el liberalismo, que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las

leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.»

Y tambien en estos otros:

«Nosotros, hijos de reyes, reconocíamos que no era el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo; que un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un rey debe gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.»

«Engaña al pueblo quien le diga que es rey, pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del prócer; que la ley debe guardar así las puertas del Palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas, si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente á todos, y conservar á todos igualmente su derecho, le está bien á un gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa ó indirectamente procurar que no falte trabajo á los pobres, y que puedan sus hijos que hayan recibido de Dios un claro entendimiento adquirir la ciencia, que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.»

«La España antigua fué buena para los pobres: no lo há sido la revolución.»

.....
«.....¿qué puede apetecer en el mundo un rey cristiano, sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar á ese rey en el mundo para ser feliz sino el amor de su pueblo?»

Pues bien: á este rey cristiano, á este rey católico,

á este rey que por vez primera pisó el territorio español en 11 de Julio de 1869; que en 14 de Abril de 1872 ordenó y mandó se hiciera el alzamiento en toda España; el 21 del mismo al grito de ¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!; que entró por segunda vez el 3 de Mayo de dicho año y por tercera el 16 de Julio de 1873; á este rey católico le ví yo al salir de Asiain el 23 de dicho mes y año, entregar al batallón segundo de Guipúzcoa una preciosa bandera que tenía en su centro la imágen de la Virgen, pronunciando estas palabras: «Voluntarios, aquí os entrego esta bandera para que la planteis en Ibero.»

¡Sí, sí! A este rey católico le ví yo luchar á brazo partido contra la revolucion, esencialmente anticatólica, en Oñate, Azcoitia, Azpeitia, Deva, Motrico, Eibar, Estella, Viana, Montejurra, Somorrostro, San Pedro Avanto, en el sitio que sufrió la capital de Vizcaya en Abril de 1875 y en Lácar, donde el rey y todos sus voluntarios rivalizaron en arrojo y heroismo. ¡Ah! Todos á porfía desplegaron un valor extraordinario, y navarros, castellanos, alaveses y guipuzcoanos, que formaban las cuatro columnas de ataque, pelearon aquel día igualmente animados de frenético ardor. Así lo reconocieron los alfonsinos, quienes, al dar cuenta del ataque, dijeron que los carlistas habian caído sobre ellos impulsados por el vértigo de la desesperación.

Y terminada la guerra ví al rey católico resignado emigrar á Francia en 28 de Febrero de 1876, conservando siempre inmaculada la bandera tres veces santa.

Este mismo rey es el que há dicho: «Incondicionalmente hé dado toda la luz de mi entendimiento á Dios y á la Iglesia, como incondicionalmente hé ofrecido toda la sangre de mis venas á mi amada España; y en estos dos cultos de mi vida no consiento que se me pretenda aven-

tajar. Para eso, más que para todo soy el rey.»

Y este es el mismo rey católico que, con motivo de habertenido la audacia *de ofrecerle la Corona* algunos revolucionarios antes de la batalla de Alcolea, escribió estas palabras, que son su mejor apología de rey español, cristiano y caballero: «La Ley y la tradición me hicieron rey. Por ésto y por mantener incólumes todos los principios de la bandera que Colón clavó en el nuevo mundo, y en Orán Gimenez de Cisneros, rechacé la Corona que me ofrecían los hombres de Septiembre, antes de la batalla de Alcolea.»

«La revolución, que vive de la mentira, al proclamar rey de España á un Príncipe de mi familia, pretende absurdas reconciliaciones con la Monarquía y la Legitimidad.»

Pues bien: este rey, católico siempre antes que nada; este rey que pone la cruz en su corazón antes que en la corona, es odiado á muerte por la revolución por sus arraigadas creencias católicas, por su intensa y purísima fe más que por ninguna otra cosa; y ese mismo rey, manifestando siempre que la perla principal de su corazón es el catolicismo, en 2 de Abril de 1890 dice á su Delegado el Excelentísimo señor Marqués de Cerralbo, estas consoladoras palabras, que nunca podrán ser tan ponderadas como se merecen: «*Si se puede ser católico sin ser carlista, no se puede ser carlista sin ser católico.*»

¡Ah! Todas estas y otras muchas cosas, que omito por brevedad, me han hecho abrir los ojos para dejar de dar crédito á las calumnias que Necedal levantó á Don Carlos suponiendo que había hecho traición á la primer palabra del lema de nuestra Bandera.

Esta es la causa principal por la que me hé resuelto á escribir este folleto, en el que, á grandes rasgos conta-

ré mis vacilaciones, mis dudas, mis sobresaltos y mis tristezas mientras fuí integrista, no temiendo ni dudando afirmar que me hice integrista por la *sobérbia* y que volví á la casa paterna de la monarquía católica por el hermoso camino de la *humildad*, como también el resultado de mis entrevistas con mi amigo D. José L. S... que cometió contra D. Carlos la misma falta que yo, sin embargo de haber sido también oficial carlista.

Y teniendo yo presentes los sagrados deberes de todo fiel carlista, y también estas palabras del Excelentísimo señor Marqués de Cerralbo en su discurso de Santander «Fuerza es que todos los carlistas se manifiesten como tales, trabajando con su acostumbrado denuedo y cumpliendo con su deber, porque la causa y el R... necesitan de sus amigos, les llaman, les piden su cooperación eficacísima, y el que se la niega ni es carlista, ni merece serlo, porque nuestra bandera no se confía á los soldados de circunstancias, sino á los héroes de siempre, que saben hacer una religión de su lealtad, de su fe y de su abnegación,» ya no estrañará á nadie que yo, por esos mismos deberes de todo fiel carlista, y también en justísima compensación á los perjuicios que pude hacer á la *Santa Causa* mientras fuí integrista ó nocedalino, me esfuerce más y más, me agigante, por decirlo así, para defender en todos terrenos la Monarquía Católica, cuyo legítimo representante en España es solamente Don Carlos VII.

Vergüenza me dá confesar que fuí integrista, pero gracias á Dios ya soy un integrista desengañado, y solo ambiciono ser útil á mi Pátria y á mi Rey, sin tener más voluntad que las de mis Jefes y considerando siempre el último puesto en la defensa de la *Santa Causa* como el mayor honor y honra que yo pueda tener durante toda mi vida.

Extrañará tal vez á algunos que yo no revele en mi escrito mis apellidos y el nombre de mi lugar; sigo en esta parte el consejo del mejor amigo que tengo en..... mi lugar, que es mi señor cura Párroco, como también el de mis Jefes en las filas carlistas que así me lo han aconsejado.

Antes de dejar la pluma pido humildemente perdón á mi amado rey, á todos mis compañeros y á todos los leales carlistas por el escándalo que á todos hé podido dar mientras fuí nocedalino, y concluyo con estos vivas que la mayoría de los españoles repetirán con el mayor entusiasmo tal vez dentro de breve tiempo: «¡Viva el Paparey! ¡Abajo el liberalismo! ¡Viva el señor Don Carlos VII, rey legítimo de los españoles.»

V. S. T.

Integrista desengañado.





CAPÍTULO I



ELÍZ, felicísimo me consideraba yo mientras fui carlista.

La santa bandera del carlismo ¡*Dios, Pátria y Rey!* llenaba superabundantemente todos mis deseos, todas mis nobles aspiraciones y mis más risueñas esperanzas.

Las penalidades de la vida apenas me molestaban; ni desgarraba mi corazón el infortunio, ni el dolor me arrancaba gemidos, ni el temor podía intimidarme para dejar de emprender las más arriesgadas empresas. Era yo entonces un Cid, un verdadero descendiente de Pelayo.

Tenía para mí entonces el orto del sol una poesía divina que arrobaba mi espíritu; me alegraba mucho el valido del corderillo en el monte; el canto del jilguero en el valle y el susurro del agua en el arroyo.

La retama, el tomillo y la mejorana me ofrecían sus más ricos perfumes, el ruiseñor sus más poderosas armonías y los ecos de la voz del pastorcillo, guardando su ganado, parecíanme voces del cielo que me hablaban de su sencillez é inocencia, de la paz y tranquilidad de su espíritu.

¡*Dios, Pátria y Rey!* Ese benditísimo lema constituía mis goces y alegrías, todos mis mayores encantos.

¡No soy ahora carlista! y.... ¿Cómo me encuentro?

¡Estoy solo! Pero no, no estoy solo. Estoy con Dios y mi conciencia.

¡Callen, callen las pasiones! Con mi Dios y mi conciencia solamente puedo yo hablar verdad.

¡Ah! Yo bien sé como me encuentro, y nadie puede hacerme creer lo contrario. Yo sé que no tengo aspiraciones..... Yo no amo el oropel, ni los cintajos, ni los altos puestos..... El medro personal no es quien me obliga á moverme, ni yo me acerco á las casas de los grandes ni á los palacios para elevarme ó edificar sobre las ruinas de mis hermanos.....

Diré la verdad, sí, toda la verdad: mi situación es trisísima y desesperada, cual la del enfermo desahuciado de los médicos ó cual la del pez fuera del agua. ¡Ah! ¡Me considero el hombre más infeliz y desgraciado del mundo!

Hablo con mi Dios y mi conciencia, y solamente digo verdad, purísima verdad.

En esta situación tan angustiosa, en este como martirio de dudas y zozobras, y no pudiendo yo dejar de ser lo que soy, esto es, un sér del tiempo y de la eternidad, un sér de lucha incesante en cuanto á lo terreno y á lo divino, y..... habiendo dejado de ser carlista. ¿Puedo yo hacerme alfonsino ó republicano? Me dominaré para contestar con calma á los gritos de mi corazón; me colocaré bajo la sombra del frondoso árbol donde yo pueda calmar mis dolores y angustias; junto á la corriente de aguas puras y cristalinas donde yo pueda apagar la sed que me devora y cerca de la floresta donde respire mi pecho un aire de vida.

Y así, lejos yo del ruido y tumulto del pueblo y de la ciudad, solo con mi Dios y mi conciencia, me contestaré á esta pregunta. «¿Puedo yo hacerme alfonsino ó republicano?»

Yo, yo, ante todo soy católico, apostólico romano, y por lo tanto aborrezco, odio y detesto al liberalismo en todas sus manifestaciones; yo quiero para mi patria la unidad católica, quiero la libertad para la Iglesia, quiero la descentralización administrativa; quiero que el rey y sus ministros sean para el pueblo y no el pueblo para el rey y sus ministros; quiero la igualdad, la verdadera igualdad, y que tanto el rey como sus ministros ó consejeros sean responsables ante la ley como todos los demás españoles; quiero una España católica con un rey y un gobierno verdaderamente católico que, con voz potente condenen, á la faz de todos los mundos, el sacrilego latrocinio de los estados de la Iglesia; quiero una España, un rey, un gobierno que sin temor á toda Europa y á su hipócrita diplomacia, levante un ejército formidable para caer como una avalancha sobre la revolucionaria casa de Saboya y devolver al Papa con su libertad todos los derechos de que le han despojado los revolucionarios mansos y fieros. ¿Pueden por ventura traernos todos estos bienes, que nos corresponden de justicia, los gobiernos liberales, sean alfonsinos ó republicanos? No, no pueden de ningún modo ni aún siquiera intentarlo, por lo que, me avergüenzo yo mismo de mí mismo por solo haberme preguntado si podría yo hacerme alfonsino ó republicano. ¡Esto no há sido más que una peligrosísima tentación del ángel caído con la que quería principiar á perderme.

¡Seguramente que yo hé estado al borde del abismo: hé caminado por tenebrosa selva en noche de tempestad; me han querido ocultar los abismos en su negro vientre y el mismo satanás há estendido hácia mí su descarnado brazo para devorarme! ¡Ya veo luz, pero luz hermosa y esplendente, por lo que me creo estar muy cerca del puerto de salvación!

¡Fuí carlista, sí, sí! ¡Fuí carlista *con* Nocedal; pero no fuí carlista *por* Nocedal..... Téngole, es verdad, por un buen cristiano, por un caballero y hombre ilustrado; pero así y todo, sin que yo trate de ofenderle, no puedo por menos de preguntarme. ¿Qué se es con ser nocedalino? ¿Cuál es la bandera política de Nocedal? ¿Cuál es su forma de gobierno? ¿Es monárquica ó republicana? Me doy mil y mil contestaciones y ninguna me satisface, por lo que pido á Dios muy de veras se me presente cuanto antes una ocasión propicia para volver al seno de mis hermanos y abrazarme de nuevo á mi santa bandera «¡Dios, Pátria y Rey!», porque yo soy..... ¡Un integrista desengañado!

o o
o



MUCHOSÍSIMO fuí siendo carlista y casi felicísimo me considero ya por ser *un integrista desengañado*.

Soy ya otra vez carlista ante Dios y quiero también serlo ante la pátria y el rey, por lo que, hasta ver realizados todos mis deseos, mi conciencia no puede estar completamente tranquila; verdad es que aún no se me há presentado una ocasión propicia para aparecer públicamente abrazado á la bandera de la *Santa Causa*, á la bandera «¡Dios, Pátria y Rey!»; pero mirándolo bien ¿es la ocasión la que debe buscarme á mí ó yo la ocasión? ¿Fuí yo arrojado de la casa paterna ó fuí yo mismo el que desertó de ella? ¿Fuí yo desheredado ó renuncié yo á la herencia? Las puertas de amor de la Comunión Tradicionalista ¿están abiertas ó cerradas para los que verdaderamente arrepentidos quíeren volver á ella? Yo, yo debo ser el que busque la ocasión; yo, que deserté de la ca-

sa paterna; yo, que renuncié la parte de mi herencia; yo, que por alucinación dejé de oír la voz cariñosa de la patria, del rey y de los leales carlistas, yo, yo debo ser el que, despreciando todos los respetos humanos y oyendo la voz de mi conciencia, principie á poner los medios que me rehabiliten ante la patria y el rey, que siempre me están esperando con los brazos abiertos y siempre llamándome con gritos de amor y santo patriotismo, por lo que, mi rehabilitación político-social me será ciertamente bien poco dolorosa. ¡Yo soy el que debo hacer el sacrificio!

Sé muy bien que el carlista es hombre de grandes y continuos sacrificios; pero tampoco ignoro que el sacrificio es como el crisol que arroja del corazón todas sus innobles aspiraciones, que lo purifica de todas sus manchas y que lo agiganta para matar el amor propio, la soberbia y todas las perversas inclinaciones de la naturaleza caída.

Es verdad que yo fui carlista *con* Nocedal, pero nunca, nunca, ni un solo instante, lo fui *por* Nocedal.

Ni aún su nombre me era conocido; y si fui carlista con él, esto obedeció á que entonces era él el representante de Don Carlos en España. Y por cierto que, mientras Nocedal desempeñó tan alto puesto, le ví tremolar á los cuatro vientos la bandera «¡Dios, Patria y Rey!» le ví defender los inmutables principios y tradiciones de la *Santa Causa* con calor, con decisión, con la mayor energía y hasta con heroísmo, al parecer. Pero un día.... estando Don Ramón de muy mal humor, y como fuera de sí mismo, le oí gritar como un energúmeno: ¡Yo, yo soy más papista que el Papa! ¡Yo, yo soy más carlista que Don Carlos! Pasmado me quedé al oír esos gritos, y aún me llegué á sospechar si Nocedal habría perdido completamente la razón!

Grandè fué el tumulto que armó Nocedal.

Y en medio de tanta confusión y algarabía, y arrojando espumarajo por su boca, le oí pronunciar claramente estas palabras: *!Traición, traición, apostasía!*

—¿Quién será el traidor? ¿Quién será el apóstata?— me preguntaba yo muy ansioso y sin querer dar crédito á mis ojos ni á mis oídos.

Ya llegué yo á dudar si estaría despierto ó dormido!

Seguí escuchando y me pareció oír clara y distintamente á Don Ramón estas palabras: *¡Yo no, yo no soy el traidor! ¡Lo es Don Cárlos!*

Se aumentó la confusión y la algarabía y..... confieso mi culpa, por unos momentos creí que Don Ramón decía verdad; culpa, cuya gravedad disminuye, teniendo en cuenta el cariño que se toma á un periódico y á su director, cuando los tenemos por verdaderos propagadores de nuestros ideales políticos, puesto que los consideramos como nuestros legítimos maestros, los hacemos enteramente dueños de nuestra voluntad y damos por bien dicho y hecho cuanto ellos dicen y hacen.

Solamente así es como yo me explico esta decepción que tanto me há dado en que pensar y que tanto me há hecho sufrir y padecer.

Pero como el asunto era gravísimo por su misma naturaleza, porque aquellas afirmaciones de Nocedal equivalían á decir que la causa católico-monárquica había perecido para siempre en las mismas manos de Don Cárlos, yo, queriendo juzgar por mí mismo, recuperé todos mis derechos y libertades y solo con Dios y mi conciencia pude acallar aquella confusión y algarabía y ver todas estas cosas por el hermoso prisma de la verdad, de la razón y la justicia.

«¿Quién es aquí el súbdito?—me pregunté—¿Quién

es aquí el rey? ¿Cuántos son aquí los poderes? ¿Puede haber dentro de la comunión católico-monárquica dos ó más banderas?»

Dios me concedió ver claro: levanté los ojos y ví que Don Ramón Nocedal había destrozado la bandera tradicionalista suprimiendo en ella la palabra *Rey*, y dije para mí: «¡Tú, tú, Nocedal, tú has sido el traidor á la *Santa Causa*! Tú has querido herir de muerte la viva legitimidad del derecho!»

Miré al lado opuesto, y viendo que Don Cárlos tenía enhiesta la bandera con su lema completo: ¡*Dios, Pátria y Rey!*, maldije al ángel caído, que se había apoderado de Nocedal y juré volver á mi puesto de honor en las filas carlistas, aún á costa de los mayores sacrificios.

¡Gracias á Dios que yo soy un integrista desengañado!

o o
o

Estoy en lo firme! Nocedal, borrando de la bandera tradicionalista la palabra *Rey*, ha da lo el escándalo de los escándalos, y, por lo menos, ha sido traidor á la pátria y al mismo Don Cárlos.

El grito de rebeldía de Nocedal ha sido muy parecido al *non serviam* del ángel caído y á la estúpida blasfemia del necio, que dijo en su corazón *non est Deus*.

Nocedal no tocó á la bandera legitimista y respetó su complemento y coronación, la palabra *Rey* y á su legítimo representante, mientras este le mantuvo los poderes de su delegado en España; pero en el momento de retirarle Don Cárlos su Real delegación, en aquel mis-

mo instante, diciendo como el ángel privado de luz y hermosura *in caelum conscendam*, rasgó la bandera tradicionalista, borrando de su hermoso lema la palabra *Rey*. Y pronunciando además esta otra frase del ángel rebelde *similis ero Altissimo*, se levantó en alas de su soberbia y quiso ocupar en aquella el lugar de la legitimidad viviente, de su poder-dante, del Sr. Duque de Madrid.

Y tanta fué la soberbia de Nocedal y tanta la ceguedad en él producida por esa pasión satánica, que llamó al día noche, á la luz tinieblas, á la verdad error, al mal bien y al honor traición.

Nocedal no era conocido por todos los carlistas..... y este desconocimiento fué la causa principal de que en el principio de su rebelión le siguieran no pocos leales.

Pero los que conocían bien á Nocedal, desoyendo desde un principio sus gritos rebeldes, y agrupándose en torno de Don Carlos como un solo hombre, condenaron enérgicamente su maquiavelismo y disiparon bien pronto las tinieblas con que el rebelde se propuso manchar la nobleza y el prestigio de Don Carlos y hasta la misma realeza.

¡Solamente Nocedal, verdadera encarnación de soberbia satánica, pudo tener la avilantéz y cinismo de decir que Don Carlos habia hecho traición á la *Santa Causa* de la monarquía tradicionalista!

Si Nocedal no hubiera estado ciego por la soberbia, para que la Comunión católico-monárquica hubiera creído su tan grande despropósito, debió probar antes que Don Carlos habia perdido completamente el juicio y la razón; en cuyo caso, Don Carlos no habria delinquido y en cuyas circunstancias tampoco Nocedal era el llamado para proveer por sí y ante sí á las conveniencias de la *Santa Causa*.

Meditando bien en la vil calumnia levantada á Don Carlos por el soberbio y rebelde Nocedal, téngola yo hoy por el colmo del ridículo y de la insensatez.

Toda el alma, todo el espíritu de la Comunión católico-monárquica está en el venerando lema de nuestra bandera ¡Dios, Pátria y Rey!

¿Había hecho Don Carlos traición á la última palabra del lema tres veces santo? Esto no podía decirlo Nocedal, porque implicaba por parte de Don Carlos el reconocimiento público y oficial de otro rey por derecho legítimo á la corona ó trono español. ¿Podía haberla hecho á la segunda? Tampoco podía decir eso Nocedal, porque no podía probar que otra nación alegaba derechos sobre la soberanía de España por pacto celebrado con Don Carlos. ¿En dónde, pues, podía estar la traición de Don Carlos, si era de todo punto imposible á Nocedal encontrarla en la última y segunda palabra del augustó lema? ¡Tal es la fuerza de la lógica, y tal es el estado de la ceguedad y verdadera locura en que la soberbia puso á Nocedal, que éste solamente pudo decir, con aplauso solo del infierno, que Don Carlos, el Rey cristiano, el Rey eminentemente católico, el Rey que no quiso recibir la corona de la revolución y que tiene jurado aplastarla, había hecho traición al mismo Dios! ¡Horrorízase el ánimo, hierve la sangre á borbotones y asoman ráudas lágrimas á los ojos con solo recordar que esa vil é infernal calumnia pudieron pronunciarla los lábios de un español! Si Nocedal no es extranjero por nacimiento, lo es seguramente por su falta de nobleza, caballerosidad é hidalgía!

¡No, no conoce Nocedal, ó aparenta no conocer á Don Carlos ni á la gran Comunión católico-monárquica española!

¿En dónde consta que Don Carlos haya hecho traición

á Dios, á la palabra augusta y más principal del lema de nuestra sacrosanta bandera? Necedal, solamente por esa calumnia levantada á sabiendas á Don Carlos, se ha hecho el hombre más vil, más abyecto y despreciable, porque él no há podido ignorar ni olvidar un sólo instante estas palabras de Don Carlos: «Si soy rey, no consentiré que directa ni directamente se ataque la fé de nuestros padres. La Iglesia será libre; la doctrina del Evangelio debe vivificar nuestras instituciones y nuestras leyes.»

«Yo os devuelvo vuestros fueros porque soy el mantenedor de todas las justicias... en la bandera donde está escrito *Dios, Pátria y Rey* están escritas todas las legítimas libertades.»

«Llamado á matar la revolución en nuestra Pátria, la mataré, bien ostente la ferocidad salvaje de la impiedad más descarada, bien se oculte y se envuelva en el manto hipócrita de simulada piedad.»

¿Cuándo, cuándo Don Carlos ha borrado de su programa esas palabras, pronunciadas en momentos solemnes y escritas en documento grandioso é inmortal? Muy al contrario: las ha querido sellar con su propia sangre. Por defender á Dios y á su *Santa Causa* puso su vida una y mil veces en los mayores peligros, y desafió á la muerte, despreciando el ronco estruendo de cien reñidos combates, probando con los hechos ser el único Rey Católico que en pleno siglo XIX no desmerecía en nada de los Reyes Católicos de España del siglo XV y XVI!

Pero esto es bien sabido de todos y es completamente innecesario insistir sobre ello.

Necedal acusando de traición á Don Carlos, debió probar esa traición, y no así como se quiera, sino de un modo sério y formal, con pruebas inconcusas é indubita-

bles, con hechos y dichos solemnes del mismo Don Carlos, enteramente opuestos á lo consignado por el mismo en documentos públicos sobre ese particular. Todo esto lo he meditado yo bien despacio, y por eso mismo, viendo en Nocedal un rebelde sin sentido común y despreciable, veo en Don Carlos al Rey Católico, al Rey siempre á Dios respetuoso y siempre sumiso á su Iglesia, por todo lo que soy.... *un integrista desengañado.*



¡Sea Dios bendito una y mil veces porque me ha concedido ser, como á otros muchos, un integrista desengañado!

¡Veó correr mansamente las cristalinas aguas del arroyo, paréceme vivir en un mundo habitado por ángeles y que en lontananza veo entreabrirse las puertas de la gloria!

Ya no es mi tormento continuo la fiebre de la duda; ya las sombras y las tinieblas se han alejado de mí: á mi continua intranquilidad de espíritu ha sucedido una paz octaviana, á la tristeza y melancolía la alegría del justo, y á los temores y sobresaltos la confianza, la calma y el más completo sosiego.

¡Es que ya soy carlista ante Dios, ante la Pátria y el Rey!

Nadie, nadie me ha puesto el menor obstáculo para ser admitido en la casa paterna, cuyas puertas siempre están abiertas para todos cuantos arrepentidos de sus extravíos, quieren volver á frecuentarla ó entrar por vez primera en ella.

Para conocer la verdadera fraternidad se necesita ser verdadero católico, requisito sin el cual no se puede ser carlista.

Temía yo que, al verme de nuevo entre mis antiguos correligionarios, éstos, volviendo la vista á lo pasado, me echarían en cara mis faltas y debilidades; pero nada de esto me ha ocurrido; antes al contrario: todos me han felicitado con la mayor sinceridad, todos me han atendido y todos se han alegrado al verme de nuevo en mi puesto de honor. ¡Cuán cierto es que la verdadera fraternidad solamente es conocida y practicada entre los carlistas!

Cuando el cacique «integrista» de.... mi lugar supo

que yo había retirado mi suscripción á «El Siglo Futuro», conociendo él las consecuencias de este mi primer paso, se llegó á mi casa como un loco, como un desesperado y trabajó cuanto pudo por hacerme cambiar de propósitos. Según él, mi vuelta á la casa paterna, había de ser para mí y para toda mi familia, un verdadero mar Negro de desdichas y desventuras; un Vesubio, un Etna que, sobre mí mismo y sobre todas mis propiedades, arrojarían toda la lava que en siglos y siglos habían acumulado en su inmenso vientre; un inevitable diluvio de sinsabores y disgustos que continuamente me estarían martirizando; todas las plagas, en fin, de Egipto que de día y de noche serían para mi alma y mi corazón una incesante tortura, la más cruel y desapiadada.

Todo esto, y otras muchas cosas más, se las oí con muy grande calma y paciencia, pues estaba bien convencido, que ninguna de sus desastrosas profecías habían de cumplirse; pero cuando tocó al lema tres veces santo de la bandera carlista; cuando el cacique nocedalino principió á hablar del Rey con poco respeto, ¡ah! entonces ya no pude callarme, y, aunque yo me esforzaba por contener las récias avenidas de mi corazón, de mis labios salían las palabras á borbotones, mis ojos querían salirse de sus órbitas y hasta mis manos se iban hácia el traidor con peligro de su mísera existencia! Temió por su vida el cacique nocedalino, se inmutó todo su semblante, un color se le iba y otro se le venía, selló por fin sus labios y se disculpó de su falta de respeto al Rey diciéndome «que si él había hablado de aquél modo, no era culpa suya, sino del periódico «El Siglo Futuro» que con frecuencia se ocupaba de Don Carlos hablando de él en aquél sentido.»

«¡Son ustedes unos borregos—le dije—hablan y este-

des por boca de ganso y manifiestan no tener siquiera sentido común! Ese periódico en cuanto á política es una torre de Babel, es un inmenso monumento de ingratitud, perfidia y deshonra, ninguna persona de mediano juicio le dá crédito y ninguna persona decente le permite entrar en su casa! Yo, detestando sus comedias y sainetes bufos, dejé la suscripción y en el mismo día me suscribí á «El Correo Español» y á EL PADRE VERDADES, cuya lectura me ha devuelto la paz y tranquilidad de espíritu, todo el valor y entusiasmo que siempre había tenido por la «Santa Causa», cuyo lema «¡Dios, Pátria y Rey!» devolverá á España, antes que muchos se figuran, toda su grandeza y poderío! No, no retrocedo, y siento más que parece que se me aconseje lo contrario; como tambien he sentido mucho se me moleste con cartas y más cartas instándome á que no deje la suscripción á «El Siglo Futuro». Nada conseguirán tampoco con que me le sigan remitiendo «gratis», pues no solamente no volveré á leerle, sino que tampoco entrará más en mi casa. He autorizado al cartero, que tampoco lo lee porque es carlista—para que se quede con él y lo distine..... *á usos comunes.*»

Me dejó por fin el cacique integrista retirándose de mi casa más cabizbajo que nóvio recientemente calabaceado, y pocos momentos después me visitaron cuatro de mis antiguos correligionarios con quienes pasé un rato felicísimo hablando largamente de las traiciones y rebeldías de Nocedal, conviniendo todos en que el prófugo Ramón se encuentra ya metido de piés á cabeza en un callejón sin salida del cual no podrá salir con honra por más que cambie de postura política.

Aún no ha concluido de hablar este integrista desengañado.



EL cacique nocedalino de..... mi lugar no me deja ni un momento de reposo!

Grande, grandísima es su terquedad; pero mi lealtad á la «Santa Causa» se ha resistido y se resistirá á todas sus asechanzas y amenazas más que el granítico muro se resiste al continuo y furioso batallar de las olas y más que la piedra ágata al instrumento cortante que en ella quiere dejar las huellas de su paso.

¿Qué ideas tendrá formadas ese nocedalino de la dignidad humana?

Ya no descarga los rudos golpes de sus simplicidades y trapacerías sobre mi amadísimo Monarca; ya me ha confesado él mismo que D. Carlos jamás fué traidor en lo más mínimo al venerando lema de nuestra bandera «¡Dios, Pátria y Rey!»; ya él mismo reconoce que sólo la monarquía católica representada en D. Carlos puede devolver á España todo su esplendor y grandeza..... ¡Ah! Todo esto me consuela mucho, es verdad, porque ya es llegado el momento de que los mismos enemigos de mi amado Rey lo tengan y lo consideren como lo que es y siempre ha sido, como un Rey verdaderamente católico y caballero, como un Rey que tiene conciencia de su realeza y de su misión altísima y providencial, como un Rey, padre el más amantísimo de sus vasallos y el más decidido protector del pobre y del desvalido..... ¡ah! todo esto, sí, sí, llena de alegría mi corazón, me entusiasma, me agiganta más y más para defender, aún con peligro de mi vida, todos los derechos que representa la santa bandera tradicionalista; pero yo mismo me avergüenzo de tantas misérias y debilidades humanas como vienen encubriendo muchos nocedalinos ó integristas aparentando pureza

é integridad y atribuyendo á los carlistas los defectos y vicios que á ellos les corroen hasta las mismas entrañas.

¡Vaya una integridad la del cacique nocedalino! Ahora resulta que toda su integridad y todo su patriotismo no es otra cosa que cuestión de estómago. ¡Hipócritas! ¡Amenazarme con que ni él, ni su familia, ni sus amigos comprarán nada en mi comercio y que además me despedirá de la casa de su propiedad que me tiene alquilada, si yo no le prometo darle mi voto y el de mis dependientes en las próximas elecciones de Diputados á Córtes!

Nada, absolutamente nada me importan semejantes amenazas.

Si se me cierra una puerta nocedalina, puerta verdaderamente de infierno, se me abrirán otras puertas, las del ciudadano honrado, que seguramente no han de conducirme á ningún abismo; y si Dios, por sus altos juicios, me negara esa gracia, yo estaría completamente tranquilo y resignado y jamás por un plato de lentejas, ni por todas las riquezas de este mundo, haría yo traición á mi conciencia de católico-monárquico, á mis convicciones profundas de legitimista que me imponen los mayores sacrificios. ¿No soy yo verdadero carlista? ¡Lo soy, sí, y por eso mismo mis virtudes político-sociales deben ser las de un héroe, las de un mártir que siempre debe estar dispuesto á sacrificar su vida y todos sus intereses en aras del altar venerando de la pátria, que moribunda así lo reclama y en defensa de los derechos del Rey legítimo que á todos nos está dando en el ostracismo el más grandioso ejemplo de valor, abnegación y heroísmo!

¡Qué pureza é integridad la del cacique nocedalino! ¡¡Querermé quitar el pan de mis hijos!! Bien lo sabe Dios: antes que hacer yo traición á mi conciencia y an-

tes que faltar yo á ninguno de mis sagrados deberes de católico-monárquico ó carlista, consentiría mendigar de puerta en puerta el pan para mí y para mis hijos, porque aún sufriendo las mayores privaciones y sujeto á esa vida de lenta agonía y prolongado martirio, lo soportaría todo porque nadie podría tirarme ciego á la cara; pero sin honra.... ¡me sería imposible el vivir, porque mi misma conciencia sería para mí un juez inexorable y el más cruel verdugo, que en poco tiempo pondría fin á mi existencia.

¡Conmuévase la tierra, bramen los vientos y rujan los mares queriendo sepultarme en sus abismos..... ¡ah! yo caeré en la misma eternidad dando vivas á mi Dios, á mi Pátria y á mi Rey!

Podría arrancarme de mi casa la fuerza bruta nocedalina, ser yo víctima del mayor número y verme contra mi voluntad en las mismas puertas del colegio electoral, pero ¿dónde hay fuerzas ni poderes bastantes, ni en los cielos ni en la tierra para violentar mi libertad interna, ó los actos ilícitos de mi voluntad? ¡Esto, ni el mismo Dios puede hacerlo con todo su poder infinito, porque en Dios no puede haber ni la más ligera sombra de contradicción, porque ni es Dios como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para mudar de consejo! Dios no podría ni castigar ni premiar mis actos si el mismo no respetara el *Sancta Sanctorum* de mi libertad ó libre alvedrío, libre alvedrío que, con la gracia divina, puede abrirme las mismas puertas de la gloria, ó precipitarme por sí solo en las mismas cavernas infernales!

¡Solamente por mi Dios, por mi pátria y por mi Rey usaré de mis derechos de ciudadanía, aunque supiera que por ello había de perder indefectiblemente todos mis bienes, y aún mi propia vida, porque soy «un integrista desengañado!»



CAPÍTULO II

SERÍAN las diez y media de la noche del 23 del corriente mes de Diciembre.

 Mi lugar parecía un sepulcro.

 Ni voz humana, ni ladrido de perro interrumpían el sepulcral silencio de la noche.

 Yo, integrista desengañado, pasaba deliciosamente el rato leyendo algunos números del periódico carlista «La Fe», que pocos días antes me había facilitado un tradicionalista de abolengo que, en la última guerra civil, había defendido conmigo la «Santa Causa» á las órdenes del general Elio.

 Grande fué mi alegría al ver en el número 3.445 de «La Fe» un documento oficial emanado de la Secretaría del Sr. D. Carlos VII, condenando á «El Siglo Futuro.»

 Lo leí detenidamente, saqué después una copia literal y la coloqué en un marco en mi despacho para verla con frecuencia y tener ocasión de pedir á Dios por la conversión de los rebeldes y hacer yo á la vez firmísimos propósitos de ser cada día más obediente y respetuoso con mis superiores.

 Dice así el citado periódico:

 «Venecia 9 de Julio de 1888.

 Señor Director de «El Siglo Futuro.»

 Muy señor mío: S... el R... acaba de ver en el periódico que V. dirige la adhesión que presta en todas sus

partes á la manifestación de los periódicos catalanes declarados rebeldes por S... con fecha 6 del corriente.

Considera S.... semejante adhesión como una prueba indudable de que «El Siglo Futuro» se desentien- de de todas las cariñosas advertencias y amonestaciones privadas con que ha sido prevenido por la incansable so- licitud del R..., y me manda notifique á V., y á «El Correo Catalán» para que éste lo haga saber á los leales, que «El Siglo Futuro» queda expulsado de nuestra co- munion como rebelde y como excitador á la rebeldía.

En igual pena incurrirán todos los órganos titulados tradicionalistas que se adhieran á la declaración de los mencionados periódicos catalanes, fundada en invencio- nes calumniosas y ofensivas para la dignidad R....

De V. atento S. S. Q. B. S. M.

F. M. Melgar.»

¡Bien he hecho yo—exclamé al concluir de leer la condenación de «El Siglo Futuro»—bien he hecho yo con prohibir que ese periódico rebelde entre más en mi casa! ¡Si aún me queda algún ejemplar, esta misma noche ar- derá en la lumbre!

Hícelo inmediatamente para que no se me olvidara, y después volví á leer con gran fruición el decreto de ex- pulsión de «El Siglo Futuro», de la Comunion Tradicio- nalista.

¡Qué obstinación la de Nocedal! ¡Qué soberbia la de ese infeliz traidor! ¡Solamente él se desentien- de de todas las cariñosas advertencias y amonestaciones privadas con que repetidas veces fué prevenido por la incansable soli- citud de mi amadísimo R.... el señor Don Carlos VII! ¡Grandísimo bien hizo á la «Santa Causa» con expulsar- lo como rebelde de la Comunion carlista! ¡Miembro po-

drido por la soberbia que oportunamente fué cortado por el Rey Católico en justo castigo de las invenciones calumniosas y ofensivas á Su R.... M!.... ¡Fecha memorable en Venecia la del 9 de Julio de 1888! ¡Fecha memorable en la que el León de Castilla sacudiendo reciamente su melena y abriendo sus invencibles garras, volvió por su honra y fama injustamente ultrajadas, humillando al rebelde que, á los altísimos honores con que el Rey Católico y Caballero le había distinguido, correspondió con ingratitudes, infamias y calumnias!

Estas y otras reflexiones semejantes me estaba yo haciendo, cuando me interrumpió un fuerte golpe de llamador en la puerta de mi casa.

Era.... ¡Mi suegra! ¡El cacique nocedalino que, cual demonio tentador, venía á poner á prueba mi lealtad y paciencia!

o o
o

El friode la noche era glacial: lloviznaba hielo.

Y yo abrí la puerta de mi casa creyendo que al cacique nocedalino le ocurriría alguna desgracia.

Venía el hombre sofocado cual si á todo correr hubiera andado toda la... villa.

Lleno de barro de los piés á la cabeza, tenía más semejanza de peón de albañil que de un aspirante á la candidatura de diputado á Cortes para las próximas elecciones generales, que tendrán lugar en nuestra desgraciada nación del 6 al 17 del próximo mes de Marzo.

—Siéntese V., D. José—le dije—descanse V. y dígame si hay alguna desgracia en su familia.

—Nada de eso, mi querido amigo Valentín—me contestó con grande dificultad, pero con mucho agrado—no ocurre desgracia ninguna en mi familia, no; pero.....

pero.... quiero á todo trance evitarte á tí el que seas desgraciado. Sabes que siempre te he querido como á hermano; que los consejos que te he dado, siempre han nacido del amor entrañable que te profeso y que te profesaré mientras viva; que quiero tu bien como el mio propio; que....

—Pero ¿Cree V., D. José que yo soy Valentina, y me quiere V. tomar por nóvia? Dígame V. pronto el por qué de mis desgracias y déjese V. de cuentos....

—Pues.... por lo del Círculo Carlista. ¡Me han dicho que tú te has inscrito como sócio!

—¡Y es una verdad muy hermosa y consoladora, señor D. José!

—¡No sabeis lo que estais haciendo, ni calculais las funestísimas consecuencias que necesariamente han de seguirse, si formais el Círculo Carlista *por ahora*!

—Si en mi consistiera todo, se inauguraría para el día de año nuevo. ¡Qué alegres y contentos celebraríamos los carlistas la entrada en el año de gracia de 1893! Y si usted se hiciera también sócio, renegando antes del integrismo, y volviendo á la casa paterna del carlismo, ¡ah! entonces sí que sería mi gozo completo, Sr. D. José!

—Si yo soy ya carlista otra vez, y más partidario de D. Carlos que otros muchos que á cada paso alardean de su carlismo; pero como las circunstancias en que nos encontramos son especialísimas, comprendo mejor que tú que no conviene *por ahora* el Círculo Carlista. Tiempo tendremos de formarle. Mira, mira, Valentinito: está ya en la conciencia de todos que después de Sagasta viene la República y.... ¡Ay de los sócios del Círculo Carlista en aquél día! Sobre todos vosotros caerán los republicanos como una avalancha. os perseguirán, os encarcelarán, os desterrarán, os....

—Basta, basta, Sr. D. José, que todo eso es... música integrista. Y créame V.: temo yo mucho más á los políticos hipócritas que á los republicanos, porque éstos, al ménos, son francos, pero los integristas son la hez de la política española, son un pantano cenagoso, son unos liberales alfonsinos, liberales vergonzantes que aparentan ser unos corderitos inocentes y son lobos hambrientos que quisieran devorar á todos los carlistas en un dia de vigilia. Por lo demás, sepa V. que, aunque fuera verdad —que no lo es— todo eso que V. ha dicho de los republicanos, yo seré sócio del Círculo Carlista; y sería para mí muy grande honra verme perseguido por defender los derechos de Dios, de la Pátria y el Rey, derechos todos que Vdes. los integristas pisotean mucho más que los republicanos. Usted, como no es carlista, no sabe V. qué es heroísmo, no sabe ni puede comprender cuántos y cuán grandes sacrificios es capaz de hacer el verdadero carlista por defender la «Santa Causa.»

—¡Yo soy carlista, Valentinito! yo....

—Usted es *cualquier cosa*, menos carlista, Sr. D. José; porque si V. fuera carlista, no se creería V. que yo había de asustarme ó intimidarme con aquéllos sus terroríficos augurios. Círculo carlista tendremos, aunque usted, y otros como V., por sus miras particulares, nos estén poniendo obstáculos para evitar la realización de nuestro gran pensamiento.

—Tranquilízate, Valentinito, pues bien sabes que yo soy tu verdadero amigo, y que sólo me propongo evitarte disgustos y.... desgracias.

—Muy al contrario, Sr. D. José: con sus necesidades integristas me está V. disgustando mucho más que parece, y con sus injustas exigencias me quiere hacer usted desgraciado como lo fueron siempre todos los traidores.

—Pues yo te digo, Valentinito, que para ser buen carlista no es necesario pertenecer al Círculo Carlista, pues *todo eso* no es más que un infantil alarde de fuerzas, que podrá ser contraproducente á la misma causa carlista.

—¡Bien se conoce que V. está completamente ciego por la pasión integrista, que es la peor de todas las pasiones! Los Círculos Carlistas sirven para muchas cosas, y todas óptimas, porque son *ipso facto* Círculos católicos: es la religión quién inspira sus estatutos, su fin y sus reuniones al propio tiempo que el sentimiento pátrio y monárquico acaba de imprimir el sello de la unidad de pensamiento y acción á todos sus asociados. Se respira, pues, en ellos una atmósfera sana, no contagiosa; se adunan allí las voluntades en las reuniones; conociéndose y tratándose los asociados avivan sus sentimientos: con todo lo cual se sacan frutos abundantísimos, comparados con los que se obtendrían de aquellos mismos elementos, si estuvieran disgregados, sin trabazón íntima, sin correspondencia constante, y lo que es más, expuestos á respirar en otras partes el aire viciado, racionalista, patriotero y subversivo.

Ya ve V., señor Don José, cuánta razón nos asiste para, fundados en estas ideas, dar nosotros gran importancia á los Círculos tradicionalistas, por lo que deseamos más y más que aumenten y prosperen tan benéficas sociedades.

—Si en todo eso estoy yo completamente conforme contigo, mi queridísimo amigo Valentín; en lo que únicamente discrepamos es en la oportunidad ó inoportunidad de que ahora se forme el Círculo ó no; en todo lo demás—te lo repito—estamos completamente conformes.

—Pues entonces bien pronto podemos terminar esta

discusión Contés. teme V. sí ó nó á las preguntas que voy á hacerle. Usted me ha dicho que ya es carlista como lo era antes de la rebelión del desgraciado Nocedal....

—Lo he dicho y lo repito, mi queridísimo Valentín.

—Pues ya hemos concluido señor Don José. Don Carlos nos manda á los carlistas, por medio de su Delegado, que formemos cuantas Juntas y Círculos sean posibles. Dígame V., ¿Debemos obedecer ó nó?

—Pues según y como: deben formarse donde haya obstáculos ó donde no se tema que los republicanos hayan de cometer atrocidades el día de mañana con los sócios.

—¡Ese es un criterio enteramente nocedalino, alfonsino ó liberal, que para mí es todo lo mismo! Si hubiera de prevalecer ese criterio, entónces los carlistas deberíamos convertirnos en inmóviles estatuas, porque para todo cuanto intentamos hacer los carlistas en defensa de nuestra bandera se nos ponen mil y mil obstáculos por todos nuestros enemigos: en ese caso no deberíamos publicar ningun periódico, ni ir tampoco á las elecciones, ni hacer propaganda de ninguna clase, ni....

—A propósito de elecciones, mi queridísimo Valentín: díme, ¿has comprometido tu voto y el de tus dependientes para las próximas elecciones generales?

—Déjese V. ahora de votos, señor Don José: convenbamos antes en que, si queremos dar pruebas evidentes de amor, respeto y obediencia á nuestro Rey, debemos formar cuanto antes el Círculo venciendo con prudencia pero con decisión y energía cuantos obstáculos se nos presenten, y después hablaremos de elecciones y de cuanto V. quiera.

—Es que aquí se presentan muchos y grandes obstáculos, mi queridísimo Valentín.

—Yo no encuentro más obstáculos y dificultades que..... los integristas; y por lo tanto ya está todo vencido.

—¿Todo vencido?

—Sí, señor, y con muy pocas molestias: no escuchándolos á ustedes y no permitiéndoles llevar vela en un entierro al que no se les há convidado.

—Pues ya me han escuchado seis carlistas á quienes he hablado esta misma noche.....

—Pues yo, no solamente no le oigo á usted, sino que además no le consiento que me moleste más sobre este particular. Y también le digo que esos seis carlistas, á quienes usted ha aludido, serán como yo sócios del Círculo. ¡Vaya un carlista que aconseja á los leales que desobedezcan á Don Carlos! ¡Algún día le pesará á usted haber seguido al rebelde Nocedal, como á mí me está pesando! Don Carlos no ha dejado de ser un solo instante el más firme mantenedor de los principios que se condensan en el lema «Dios, Pátria y Rey», y solamente á Nocedal se le pudo ocurrir afirmar lo contrario; pero la verdad ha triunfado y la calumnia yace por tierra. Hoy es para todos claro como la luz meridiana; hoy es un hecho evidente que la rebeldía de Nocedal no tuvo más causa que la de no haberle prorrogado Don Carlos la Delegación que concediera á su padre. Bien lo sabe usted, señor Don José: Nocedal, para cohonestar aquél movimiento de despechado orgullo, forjó la fábula calumniosa del cambio de opinión de Don Carlos; cambio que ni existió jamás, ni Nocedal advirtió hasta que recibió la repulsa.

Y para más evidenciar lo menguado de la impostura, ese hombre que en aquél tiempo afirmaba que en el régimen del Estado español no se podía salir del siglo XVI con inquisición y todo; que redactó su programa en el

Manifiesto de Búrgos; que no cesaba de clamar «El liberalismo es pecado», hoy ya no se acuerda de nada de eso; hoy ya en sus peroratas declara que no es hostil á ciertas reformas, ni ménos á ciertas personas, aunque sean las que mantienen el liberalismo, bien que con ciertas cortapisas ni bien definidas, ni otras, en último término, que las que convengan á personales intereses; aunque con otras frases se disimule el juego.

Nocedal procedió de una manera eminentemente revolucionaria. Todas las revoluciones se hicieron así; alzándose los súbditos contra el Soberano so pretexto de que había claudicado, que había faltado á la fé jurada, y que era refractario á los principios de libertad, de justicia y de buen gobierno.

Decía, además, Nocedal, que Don Carlos no ejercía la soberanía, y que, por tanto, la sumisión á él era voluntaria y podía retirarsele.

Lo primero dicho está que, aplicado á Don Carlos, es una calumnia, y lo segundo es falso.

La verdadera soberanía no la da el hecho sinó el derecho, y obliga á la obediencia, mucho más á aquellos que la han reconocido y jurado. El Pontífice está desposeido de su soberanía temporal; pero los católicos reconocen su derecho á ella y le preclaman soberano.

Y para todo corazón noble y generoso, para toda alma bien nacida, es mil veces más intenso ese sentimiento de lealtad hácia el soberano desposeido, que hácia el que está en ejercicio. Resistir á éste supone valor, aunque mal dirigido; resistir al primero, que carece de fuerza material para hacerse obedecer, es un acto de repugnante infidelidad y cobardía.

Por eso los verdaderos carlistas, los antiguos como los modernos, agrupáronse en torno de Don Carlos, al

consumar Nocedal su insensata rebeldía. Fiel á Don Carlos continuó Castells, que peleó bajo la bandera de la legitimidad en todas las guerras civiles, y en la última, con más de setenta años de edad, salió al campo, ganó hazañosas victorias, y al terminarse la guerra emigró á Francia, donde vivió de limosna, muriendo hace pocos años.

Fieles como Castells, acaban también de morir los generales Lerga y marqués de Valdespina. Y en Francia viven emigrados, entre otros, los fidelísimos y antiguos generales Rodríguez de Román y conde de Mergeliza de Vera.

Muchos nombres pudiera añadir á éstos de antiguos y modernos carlistas, todos prototipos de fidelidad á la religión, á la pátria y al rey.

Estos son de aquellos hombres, de quienes decía Aparisi, que al pasar delante de ellos se descubría como si pasara delante de la estatua del honor.

¿Cuántos de estos hombres de fé ardiente, de patriotismo acendrado, de amor sin límites á su soberano, de valor, de abnegación, de sacrificios heroicos, se declararon adictos á Nocedal? Ni uno solo.

¿Y qué me dice V. á todo ésto, señor Don José? ¿Qué me dice usted?

—¿Qué he de decirte? Que has hablado como un libro de oro, que es purísima verdad cuanto has dicho, y que tuvo Don Carlos razón sobradísima para expulsar á Nocedal de la Comunión Católico-monárquica.

—Vea V. aquí el decreto de expulsión de «El Siglo Futuro» de la Comunión Católico-monárquica por rebelde y por excitador á la rebeldía: lo he copiado de «La Fe» esta misma noche y lo he colocado en este marco para tener ocasión de pedir á Dios con frecuencia por la con-

versión de los rebeldes y hacer yo á la vez firmísimos propósitos de ser cada día más obediente y respetuoso á Don Carlos que, poniendo su vida mil veces en peligro en los campos de batalla, jamás manchó ni consintió se manchara por nadie en lo más mínimo la bandera tres veces santa. Lea V. este decreto y verá V. como dice Don Carlos que la declaración de los periódicos rebeldes fué «fundada en invenciones calumniosas y ofensivas para la dignidad Real». Lo repetiré una y mil veces, señor Don José: hoy es un hecho evidente que la rebeldía de Nocedal no tuvo más causa que la de no haberle prorrogado Don Carlos la Delegación que concediera á su padre.

—Así lo creemos ya todos, mi querido Valentín, pues se ha hecho eso más claro que la luz meridiana, como tú has dicho antes muy bien.

—Pues si V. confiesa como yo esa verdad inportantísima ¿por qué no hace V. lo que yo he hecho? ¿Por qué usted ha de seguir siendo injusto con Don Carlos y con usted mismo? ¿Por qué ha de hacer traición á la patria? ¿Espera V. que llegue aquél que mande en nombre de Dios, llámese como se quiera?

Bien sabe V. como yó que Don Carlos ha dicho bastantes veces, que «pone la cruz en el corazón antes que en la corona.» Pues hoy por hoy, á juzgar como van las cosas dentro y fuera de España, me parece que, salvo siempre los inexcrutables designios de la Providencia, y humanamente discurriendo, fuera de Don Carlos, podemos esperar sentados por el predestinado que venga á mandarnos en el nombre de Dios.

—Si de eso también estamos convencidos ya todos, mi querido Valentín.

—Pues entonces, ¿por qué no vuelve usted como yo á la casa paterna de la monarquía católica? ¿Teme usted

por ventura una repulsa? No, no la tema, porque lo pasado ya no tiene remedio, y Don Carlos solo desea un verdadero arrepentimiento para conceder á todos el más amplio perdón.

—Lo pensaré más despacio, mi querido Valentín. ¡Hay ciertos compromisos que lo atan á uno de piés y manos!....

—¿Pensarlo despacio, señor Don José? Las obras malas son las que deben pensarse siempre muy despacio para no hacerlas nunca; pero cuando los actos son buenos por su naturaleza, y su bondad es conocida á todas luces, como en el caso presente, debemos obrar con prontitud y sin consultarlo más que con Dios y nuestra conciencia, porque si lo consultamos con los enemigos de Don Carlos, como todos ellos son ciegos, dicho se está que nos sucederá exactamente lo que al ciego que se deja guiar por otro ciego, que ambos caen irremisiblemente en lo más profundo de la hoya.

Yo solamente lo consulté con Dios y mi conciencia y todo me ha salido perfectamente, por lo que cada día estoy más contento. No olvide V. ni un sólo instante señor Don José, que el mayor enemigo que tenemos en estos casos es.... nuestro amor propio. A todos nos sobra *mucho yo*, porque el liberalismo es más pegajoso que el barro en tiempo de lluvia, y es difícilísimo, casi imposible, andando siempre como andamos entre el cieno liberal, que podamos conservarnos totalmente libres de manchas.... ¿Qué me responde V. á todo ésto, señor Don José?

—Que tienes razón en todo, mi queridísimo Valentín.

—Ya es la segunda vez que me ha hecho usted las mismas concesiones, y por lo tanto me creo que pronto será un hecho su vuelta á la casa paterna.

—Por lo pronto, mi querido Valentín, debo decirte

que estés tranquilo en la casa; y te aseguro, bajo palabra de honor, que no se la alquilaré á nadie mientras tú quieras habitarla.

—Mucho se lo agradezco á usted, pues así me evita usted grandes gastos y muchos perjuicios.

—También te digo para tu tranquilidad y satisfacción que desde este momento dejo de trabajar contra la formación del Círculo carlista y que veré con buenos ojos que tú y todos tus amigos os haceis sócios.

—La divina Providencia está velando por usted, señor Don José; mejor que yo sabe usted que en todo y por todo debemos seguir siempre las inspiraciones del cielo.

—Las seguiré, mi querido Valentín, y por lo mismo te digo que tanto tú como todos tus dependientes tenéis la más completa libertad para dar vuestro sufragio al candidato carlista, debiendo advertirte además que es muy probable que retire yo mi candidatura, pues no quiero ser responsable de los muchos disgustos, atropellos y desgracias que, en caso contrario, habría seguramente en el distrito.

—Deme usted la mano de verdaderos amigos, señor Don José, que ya veo que usted es, por lo menos ante Dios, tan carlista como el mismo Don Carlos: vénzase usted un poco más y principie usted á ser carlista otra vez ante la Pátria y el Rey. Mejor que yo sabe usted que dejamos de ser carlistas por la «soberbia» y que volvemos á serlo por la «humildad».

—Estás inspirado esta noche, mi querido Valentin: esa última frase que has pronunciado es la verdadera y única clave de todo cuanto viene pasando entre los carlistas estos últimos años. La «soberbia» de Nocedal nos trajo el desórden y perturbación que tantos daños nos ha causado á todos. La «humildad» nos asegura á todos

la paz; la «humildad» será la puerta de oro por donde el hijo pródigo vuelva á la casa paterna, arrepentido de todos sus extravíos. No te digo más; me retiro porque ya se va haciendo tarde.

—Buen ánimo, mi querido Don José: mañana noche continuaremos nuestra hermosa labor.

—Vendré a la misma hora que esta noche, si no hay causa que me lo impida, y..... ¡Quiera Dios asistirnos con su gracia para terminar felizmente la obra comenzada!





CAPÍTULO III



JAMÁS pude yo pensar que en esta noche conseguiría tan grande victoria.

Tan gratas impresiones me dejó mi amigo, y tanta era la alegría de mi corazón que, por más que hice, no pude reconciliar el sueño hasta las tres de la mañana.

Pero como el corazón del hombre nunca está satisfecho, me disgusté conmigo mismo por no haberseme ocurrido tocar un resorte que indudablemente me hubiera dado todavía mejores resultados.

«Nécio de mí—exclamé—nécio de mí que no le he recordado las tristezas y las alegrías que ambos experimentamos defendiendo la «Santa Causa» en el ejército carlista á las órdenes del general Elío! ¡Si yo le hubiera traído á la memoria aquellas privaciones, aquellas fatigas, aquellos sobresaltos, aquellas emboscadas, aquél guerrear sin temor ninguno á las balas, ni á la misma muerte, por defender la «Santa Causa,» seguramente que mañana mismo, ó esta misma noche, habría ocupado su puesto de honor, volviendo á ser carlista *ante la Pátria y el Rey!*»

Todo lo que ha pasado por mí, pasará seguramente por todos aquellos que se han visto honrados con el uniforme carlista defendiendo la santidad y justicia de nuestra inmaculada bandera «Dios, Pátria y Rey.»

No, no dejaré yo de llorar toda mi vida, aún cuando sea larga. el tiempo que, leyendo el periódico del rebelde Nocedal, dejé de amar al Rey magnánimo y caballero, al Rey valiente y bondadoso, al Rey católico, al señor Don Carlos VII, *deseado* por la mayoría de los españoles!

En justa compensación á ese tiempo perdido, trabajaré yo incansable en defensa de sus derechos al trono español, y, si hay necesidad de levantar una cruzada contra los enemigos de mi Dios, de mi Pátria y de mi Rey, yo mismo, sin temor ninguno á los furores y excesos de la revolución, recorreré los pueblos llevando en mis manos el Lábaro Santo, hasta conseguir un triunfo completo ó morir con honor en la demanda!

Verdad es que por ahora debemos defender la «Santa Causa» solo con las armas de la legalidad existente; pero si el Rey manda otra cosa..... ¡ah! no seré yo el último que ocupe mi puesto de honor en las filas de los cruzados del siglo XIX!

Si las elecciones fueran una verdad, también por este medio conseguiríamos el más completo triunfo; pero todo esto ha sido siempre una farsa entre los liberales, y así será también en las próximas elecciones, en las que no habrá que extrañar que, contra los carlistas, funcione la famosísima partida de la Porra, antigua institución de Sagasta.

¿Manda el Rey que vayamos á las elecciones? Pues á ellas iremos los carlistas, siempre dispuestos á defender nuestros derechos en todos los terrenos..... á que nos lleven nuestros enemigos.

Haré como que creo al cacique nocedalino, pero le observaré muy de cerca y.... *obras son amores y no buenas razones.*

Lo cierto es que todos los políticos adversarios de nuestras ideas han empezado ya á tantear todos los distritos electorales y que no tardarán mucho en prometer largamente lo que saben ellos muy bien que no han de cumplir.

Yo no me descuidaré en preparar á todos mis amigos contra esos manejos políticos.... y á todos les diré una y mil veces, que la mejor manera de resistirles es cerrar completamente los oídos á sus halagadoras promesas.

Bien es verdad, que ningún carlista leal comprometerá ni poco, ni mucho, ni nada su palabra, ni su influencia en favor de ninguno de esos politicastos, ya mestizos ó integristas, que se les presenten solicitando su concurso para las próximas elecciones generales.

A cada instante estamos oyendo á amigos y enemigos quejarse de la tristísima situación á que los ha reducido el charlatanismo ó parlamentarismo; y siempre lamentándose y siempre maldiciendo el falso patriotismo de tanto politicastro, prestan, no obstante, su apoyo á esos hombres sin conciencia, que prometen mucho y nada cumplen, como si fuera honroso para un carlista, por ejemplo, prestar su apoyo y su influencia á un enemigo irreconciliable del carlismo.

¡Deslíndense los campos.... y todo carlista permanezca en su puesto de honor! ¡No olviden los carlistas que el acto de votar es un acto humano, moral, político y social!

De una vez y para siempre deben terminar esos compromisos, porque no es político, ni prudente, ni siquiera lícito, ayudar en los comicios electorales á hombres de quienes sabemos á ciencia cierta que son enemigos de la Iglesia y de nuestro Augusto Jefe.

¡Antes que dar yo mi sufragio á este cacique noceda-

lino de mi lugar, á este Don José, de cuya palabra yo dudo porque es un hombre de *negocio* y un hipócrita de siete suelas, que adula á los carlistas, seglares y sacerdotes, quíteme Dios la vida, y mil vidas que tuviera!

Yo, como todos los carlistas, consultando la voz de mi conciencia, rechazaré también con valor y energía los cantos de sirena de la política liberal, la cual, con su descreimiento y despilfarro, no ha hecho hasta ahora más que llevar desolación y ruina por todos los ámbitos de España.

Convencido, como lo estoy yo, también lo estarán todos los carlistas, de que no es posible ser católico-monárquico de corazón y obrar de una manera enteramente contraria á lo que se asiente y se defiende en público, sin pecar de inconsecuencia consigo mismo.

¡Cuánto siento yo que mi amigo el Presbítero Don Vicente sea acérrimo fusionista en la práctica y Católico-monárquico en sus conversaciones privadas! ¡Qué monstruosidad! ¡Un sacerdote favorecer á los masones con su sufragio! ¡Qué escándalo! ¡Qué aberración más inesplicable! Ya me dá esto mucho en que sospechar..... ¿Será un hipócrita? ¿Querrá un ascenso en su carrera por medio de la política? ¿Querrá que Sagasta lo proponga para Obispo? ¡Lejos, muy lejos de mí este pensamiento, que seguramente será una tentación de Satanás! Pero lo cierto es que él se cuida muy poco de los libros y que su principal ocupación es escribir cartas á elevados políticos liberales, á los que agasaja además por pascuas y en sus fiestas onomásticas! ¡Oh! ¡Esos pavos pascuales y onomásticos bién pueden suplir á los títulos académicos! Pero..... y ésto ¿qué me importa á mí? Si él vota por los liberales, Dios le pedirá estrechísima cuenta del ejer-

cicio de sus derechos como ciudadano. ¡La responsabilidad no dejará de ser tremenda y espantosa!

Yo, en cambio, en justa compensación á esas traiciones nefandas, aconsejaré á todos mis otros amigos y correligionarios que guarden para el triunfo del candidato carlista todos sus votos, toda su influencia, todos los recursos de que puedan disponer, toda su actividad y toda su inteligencia.

Esta consecuencia, esta unión y entusiasmo de los carlistas por la «Santa Causa», bien lo recuerdo, llevaron á las Cortes revolucionarias más de sesenta diputados carlistas que derribaron ministerios á su antojo, cuando éstos hacían la guerra á las patrióticas y levantadas aspiraciones de la gran Comunión Católico-monárquica.

¡Ah! Un integrista desengañado como yo, que militó en las filas de Don Carlos, al recordar el gozo, la alegría y el santo patriotismo con que por doquiera ostentaba los galones de las boca-mangas de su levita y las cruces que adornaban su pecho, se agiganta más y más para defender la «Santa Causa» en vista de la falta de lógica de algunos que se llaman católicos y están en cuerpo y alma con los liberales. ¡Hipócritas, hipócritas que solo suspiran por las ollas de Egipto!

Yo, yo, con todos los fieles carlistas, no quiero ni pretendo otra cosa que obedecer en todo y por todo á mis Jefes, y todos votaremos como un solo hombre en favor de los candidatos que el Augusto Duque de Madrid por boca de su ilustre Delegado ó de las Juntas Regionales, nos designe en el momento oportuno.

Y cuando llegue ese instante, ni me intimidarán las amenazas, ni temeré á la partida de la Porra, si es que la organizan los liberales; y solo tendré presente mis

deberes de carlista, que todo me debo á mi Dios, á mi Pátria y á mi Rey, y que defendiendo esos santísimos derechos, debo ser un verdadero macabeo, un verdadero almogávar, un mártir que caiga en la eternidad bendiciendo la «Santa Causa»!

Portándonos de ese modo todos los carlistas, nadie puede dudar que sacaremos triunfantes una minoría respetable de diputados, tal vez la más importante, por su número y saber, que ha visto el Parlamento español, en tiempo alguno.

Si el cacique nocedalino, no cumpliendo su empeñada palabra, ó si cualesquiera otros enemigos de Don Carlos, quisieran comprometerme á su favor, yo rechazaría con la mayor energía y santa indignación esos compromisos y todas las proposiciones que pudieran hacerme á trueque de promesas engañadoras y mil veces desmentidas por la realidad. ¡Ah! ¡Ningún corazón honrado puede dudar qué se debe elegir entre una acción noble y obligatoria y una acción egoísta solicitada por el interés particular!

¡Yo, yo seré siempre carlista incorruptible y nunca un elector sin honra y sin dignidad que dé mi sufragio á un enemigo de Don Carlos por un plato de lentejas! ¡Cómo es posible que yo dé motivos á mis adversarios políticos para que en son de mofa y escárnio digan después que deben su triunfo á los carlistas! Mi Dios, mi Pátria y mi Rey me exigen los mayores sacrificios en las presentes circunstancias; y así lo haré, estando siempre dispuesto á obrar como me indiquen mis Jefes, porque soy un «integrísta desengañado» que no ignoro cuántas y qué astutas son todas las maquinaciones de nuestros mayores enemigos, los mestizos é integrístas, y porque quiero compensar superabundantemente á la Santa Cau-

sa los perjuicios que pude causar!a mientras fui partidario del rebelde Nocedal.

¡Sea Dios bendito, una y mil veces que me ha dado tiempo para arrepentirme de mis extravíos políticos!



CAPÍTULO IV

AL día siguiente, ocupado yo en arreglar mis cuentas de fin de año, no tuve tiempo de verme con ninguno de mis correligionarios para hablar de la formación del Círculo carlista y enterarme de los pasos que hubiera podido dar el cacique nocedalino.... en cumplimiento de su empeñada palabra.

Llegó la noche—¡*Noche Buena!*—la que pasé alegremente con mi familia, y, después de hacer colación, me retiré á mi despacho, porque ya se acercaba la hora convenida de que viniera á visitarme el cacique nocedalino, si alguna causa no se lo impedía.

«Mientras viene el cacique nocedalino—dije yo para mí—pasaré alegremente el rato con la última comedia bufa de Nocedal en Barcelona.»

Fué su discurso la plancha de las planchas, porque habló de todo menos de aquello que se propuso probar.

Solamente al revolucionario Nocedal se le pudo ocurrir este tan grande despropósito «*Los integristas no defienden la causa de Don Carlos, pero sí los principios sociales que entraña.*»

¡Cuán cierto es que Dios enloquece primero á los que quiere perder después!

La rebeldía siempre ha extraviado el juicio de los rebeldes.

El traidor Maroto, después de la traición de Vergara,

vivió recelando de todo y de todos, siendo su vida un perpétuo sufrimiento.

Cabrera murió devorado por el despecho y la rabia.

Y Nocedal vive...; pero sus facultades intelectuales han empezado á decaer de un modo visible.

Si esto no fuera así ¿Cómo habría tenido el mal gusto de decir en su discurso de Barcelona «*Los integristas no defienden la causa de Don Carlos, pero sí los principios sociales que entraña?*»

Tan grandes desatinos solamente pueden ocurrírsele á un loco.

Quiere ese pobre hombre poner una distinción entre los principios y la causa de Don Carlos, siendo ambas cosas inseparables.

¿Por ventura los principios carlistas revoloteaban en la atmósfera á manera de aves de curso vago, y Nocedal, haciendo piruetas, los atrapó entre las redes de su rebeldía, los metió en una jaula, y los conserva en ella para su uso particular y el de los *borregos* ó *tunantes* que le siguen?

Es que Nocedal está por... los principios estomacales.

Siempre venimos á parar á lo mismo.

Afirmando Nocedal «que los principios de su integristismo son los mismos del carlismo», lo único que debe separarse es la persona de Don Carlos, y ser sustituida por la suya, siendo por tanto el lema de los integristas «¡Dios, Pátria y Nocedal!»

Pero esto es lo mismo que decir «¡Yó, Pátria y Nocedal!» ó «Yó, antes Yó, después Yó y siempre Yó.»

¡Dios mío, Dios mío! ¡A qué abismos tan profundos nos arrojan la soberbia y la rebeldía! ¡Proclámase *rey* el demente Nocedal y nos declara traidores á todos los que

no doblamos la rodilla ante la estatua de su *Ramonar-
quía* y de su *Nocedalocracia*!

Y claro: destronado Don Carlos por el demente Nocedal, abre su boca y dice con voz estentórea: «¡*El carlismo ha muerto!*»

¡Pobre hombre! Debemos tenerle mucha compasión, porque cualquier día, en uno de los accesos de su locura, no será de extrañar que, encarándose con los rusos, les diga: «*Obedecedme, obedecedme, que yo soy el Czar de todas las Rúsiass!*»

¡Rematadamente loco ó tonto está el pobre Nocedal, cuando tiene valor para decir que «el carlismo ha muerto», sólo porque Don Carlos lo arrojó á él de su casa en la que quería mandar más que el mismo Don Carlos, y convertir á todos sus partidarios en innobles estatuas para colocarlos en un museo y que sirvieran de distracción á Cánovas y Sagasta en sus ócios!...

Lo que sí es una verdad patente, es, que Nocedal entró en la Comunión Católico-monárquica *siendo traidor*, vivió y comió en ella *siendo traidor*, y, arrojado de ella, sigue siendo... ¡Traidor impenitente!

Si Nocedal, porque Don Carlos lo expulsó de la Comunión Católico-monárquica, dice desde el infernal trono de su soberbia: «*el carlismo ha muerto*», mintiendo á su misma conciencia, haciendo del día noche y echando sobre sí mismo un sambenito de burla, desprecio y escarnio; nosotros los leales, hablando con toda verdad y haciendo temblar á todos los enemigos de Don Carlos, podemos decir con voz de trueno, y sin temor de ser desmentidos: «¡Si alguna vez corrió algún peligro el carlismo, fué cuando Nocedal representó á Don Carlos en España y mientras tuvo en su seno la vívora nocedalina! ¡Desde que se arrancó del carlismo ese miembro podrido

por el orgullo, el carlismo principió á vivir vigorosamente y á ser lo que siempre fué cuando los traidores no encadenaban al gigante! Ved, ved al carlismo en *El Libro de Honor*! Allí, allí al León Español se le vé arrogante, sacude la melena, ruge contra los traidores y sólo ansia llegue el momento de lanzarse á la pelea para defender á Dios, la Pátria y el Rey, reconquistando todos los derechos que por justicia les son debidos! Leed siquiera el resúmen de ese *Libro de Honor* y os convencereis de que hoy el carlismo se halla en el apogeo de su grandeza y poderío, de que su corazón de gigante late unísono y concorde en todo con el corazón de su Rey y de que no hay poderes en la tierra para romper esa unidad, doblemente magestuosa, que ya está siendo pasmo y admiración de los Angeles y los hombres! Aún es tiempo, desleales, de que volvais, como yo he vuelto, á la casa paterna, pero sin más aspiraciones que ocupar el puesto de honor que se os señale, y siempre humildes, dóciles y obedientes al principio de autoridad, que ha de salvar á España del diluvio revolucionario cuyas cataratas no tardarán en abrirse! Tened presentes estas palabras de Don Carlos que se leen en su carta, fechada en Venecia el 21 de Julio de 1888, dirigida al general Elío y al Brigadier Montoya: «Usad de generosa magnanimidad con los extraviados de buena fé, que estoy cierto volverán arrepentidos á nuestro campo; pero no deis á los cabezas de la rebelión una importancia que no tienen, y no les hagais el honor inmerecido de considerarlos siquiera como sectarios alucinados.»

«No son hombres que defienden una idea; son falsificadores de hechos á sabiendas.»

¡Falsificadores de hechos á sabiendas! Eso mismo es Nocedal, rebelde á la autoridad del Rey, que no quiso

entregarle la realeza ni seguir sus inspiraciones, que eran las del criado que abre de par en par las puertas de la casa de su señor á los enemigos que sabe van á clavarle el puñal en su pecho!

¿Há muerto el carlismo? No, no ha muerto, porque los principios sociales que entraña los defiende heroicamente Don Carlos y toda la Comunion Católico-monárquica que, sin reservas ni distingos, sin vacilaciones ni temores, está á su lado. Quién ha muerto, ó mejor dicho, quién se ha suicidado es el mismo Nocedal, por su soberbia y por su rebelión, que lo han desconcertado, y obligándole á decir en su discurso de Barcelona: «*La causa carlista ha muerto, por eso los integristas sostienen la de Don Alfonso.*»

¿Lo queremos más claro? Los integristas sostienen la causa de Don Alfonso; esto es, los integristas, buscando turrón, son tan liberales como Cánovas y Sagasta, y, para engañar á los bobos, suponen que el carlismo ha muerto.

Abrid los ojos, borregos integristas, como hace tiempo los tiene abiertos este *integrlista desengañado*.

o o
o

«*La causa carlista ha muerto, por eso los integristas Sostienen la de Don Alfonso.*»

Esa falsa afirmación de Nocedal, precisamente en unas circunstancias en que el carlismo está dando por toda España las más gallardas pruebas de la exuberancia de su vigorosa vida, no es otra cosa que un pretesto el más ridículo y vergonzoso para justificar en cierto modo los pasos que hace tiempo viene dando por los cenagosos pantanos del liberalismo y terminar su jornada

de rebeldía cayendo de rodillas ante el becerro de oro de..... las instituciones.

Así es como yo, integrista desengañado, me esplico todos los porqués de aquella, y así es como también se la esplican algunos otros integristas de buena fe.

«¡*La causa carlista ha muerto!*»

A todos los españoles, que aún tienen sentido común, há hecho soltar muy estruendosa carcajada esa nécia frase del rebelde y alfonsino Nocedal, llevada á los cuatro vientos en los mismos días en que todos, ó la mayor parte de los periódicos españoles, y no pocos extranjeros, se están ocupando de *El Libro de Honor* enviado á Venecia por el Excelentísimo señor Marqués de Cerralbo, como felicitación grandiosa de la España Tradicionalista en la fiesta onomástica de Don Carlos.

«Me alegro me deje en paz el cacique nocedalino—me dije yo tomando el número de *El Correo Español* en que se publicó *El Libro de Honor*—asi tendré yo tiempo de saborear la Carta-mensaje del Sr. Marqués de Cerralbo y las interminables listas de Juntas, Círculos, etcétera, etcétera, que la acompañan, porque la lectura de estos documentos insignes lo vigorizan á uno más y más, y son como llúvia benéfica de Abril florido, que cae en campos, de hermosura y abundancia llenos. Mi amor á la *Santa Causa* es fuerte y purísimo, pero quiero fortificarlo y purificarlo más y más leyendo con admiración y respeto *El Libro de Honor*. ¡Así debo obrar para que mi carlismo produzca ópimos frutos en tiempo oportuno!

À DON CÁRLOS DE BORBÓN

SEÑOR:

Si débiles siempre mis fuerzas para sostener el alto cargo y graves responsabilidades de representar á Vuestra Magestad, hoy me abrumba esta misión porque se acrece con la difícil é importante de llevar la voz de toda la admirable comunión carlista para rendir á vuestros reales piés el homenaje de una lealtad que raya en virtud, de un entusiasmo que llega al delirio, de un amor que se confunde con la más noble pasión y de unas abnegaciones que se alzan al heroísmo; sublimes cualidades que no logran expresión más adecuada, sinó la de decir que son dignas de vos, augusto y providencial Representante de las españolas tradiciones.

Ved, pués, si es grave y difícil el caso á que esta ocasión me reduce; el de presentar frente á frente dos magestades para que se confundan en un amorosísimo y eterno abrazo: la augusta magestad del Rey, y la magestad, por sublime, de la colectividad carlista, es decir, la pátria; dos magestades hermanas y gemelas que se engendraron en el Concilio tercero de Toledo; que nacieron en Covadonga y en Uruel, en Altaviscar y Ausona; que se educaron en los fueros de los primitivos Sanchos y en las leyes de los antiguos Alfonsos, en los Usages de Berenguer y en las Constituciones de Don Jaime; que

abrazadas sufrieron la desgracia en Alarcos y en Uclés, en los campos de Vergara y en los desfiladeros de Valcarlos; que juntas entonaron su cántico de victoria en Calatañazor y Muradal, en Somorrostro y Alpens, y que hoy viriles y adultas se encuentran de nuevo, sin haber separado jamás sus corazones, para conducir sobre sus hombros á glorioso y definido triunfo en nuestra amada España á otra majestad inicial y superior, la majestad de Cristo; á cuyas divinas plantas nos humillamos para ser grandes, nos hacemos esclavos para ser libres, nos rendimos para ser triunfadores, nos confundimos para ser sábios, nos reconocemos sus hijos para ser todos hermanos, y nos declaramos y sostenemos carlistas para ser españoles.

Épocas desgraciadas os llevaron, Señor, al destierro, separándonos materialmente de vos por el espacio de algunos años; pero sabíais que siempre á los suspiros de vuestro hermoso corazón por felicidad de la patria respondían á millares las protestas de lealtad y de esperanza con que vuestros hijos y vuestros súbditos os saludaban.

Quisísteis en vuestro amor y en vuestra generosidad consentir una trégua á los esfuerzos y sacrificios con que los que el gigante del carlismo había fatigado sus robustos brazos en servicio de su Dios, de su Patria y de su Rey, sin rendirse jamás; y en cuanto dieron en sospechar nuestros enemigos que el coloso había muerto, y por ello las zozobras de salvación de España eran generales, me hicisteis el honor de encargarme viniese en vuestro augusto nombre á pronunciar en su oído la mágica orden de *despierta y marcha*.

Cumplí, Señor, vuestro mandato; ni fué preciso repetirle, ni casi proclamarle, porque el gigante no dormía

siquiera, velaba á vuestro lado, muda la boca por el respeto, cruzados los brazos por la obediencia, atento el oído por el deber, ávidos los ojos por la lealtad y agitado el corazón por el amor. Me ha bastado decirle que le llamábais para verle en pié, seguirme, y aquí le tenéis, más grande que nunca, más animoso que antes, más esperanzado que en sus mejores tiempos y más compacto que en ningún otro, porque han quedado los que debían quedar.

Sabéis que los carlistas no prometemos, sino que realizamos; no hablamos, sino que hacemos.

Ved, pues, cómo ha cumplido cada cual con el encargo que les dísteis, y es vivísima mi satisfacción al consignar que la conducta de todos fué y es tan leal, tan noble, tan entusiasta y tan generosa, que sólo aplausos y gratitud merece; y grandes serían mi premio y satisfacción si mis actos lograban ser imitadores y dignos de los suyos, pues en tan alto grado estimo y reconozco los de las Juntas y Círculos. Como prueba irrecusable de cuanto afirmo presento á V. M. este *Libro de Honor*, en el cual se especifican y comprueban los trabajos realizados por los carlistas.

Baste el considerar que apenas hace tres años me honró el Señor con el difícil y grave cargo de organizar las poderosas fuerzas carlistas, en ocasión en que ni teníamos siquiera una sóla Junta constituida, ni eran aún 10 las Círculos formados, y en breve espacio de tiempo llegan á inscribirse en este *Libro de Honor* 1.138 Juntas y 120 Círculos; hemos luchado en las elecciones municipales obteniendo más de 1.000 puestos en los Ayuntamientos; 19 diputados provinciales y 5 á Córtes, á pesar de los acostumbrados atropellos liberales de que fuimos víctimas; y si se considera lo difícil de todos los

primeros pasos, no es aventurado afirmar que al repetir este homenaje en nuevo libro, el año próximo hayamos duplicado la ya hoy importante organización carlista.

No he de olvidar hacer especialísima mención de nuestra brillante prensa, que con su activa propaganda, su justa influencia y su ilustradísima cooperación, no sólo ha facilitado la empresa organizadora, sino que la hizo posible.

Sean, pues, todos los plácemes y todo el mérito de estos trabajos para las dignísimas Juntas, Círculos y periódicos, y en general para la admirable masa carlista, que todos, rivalizando en celo, actividad y entusiasmo, emprendieron y realizaron esta grande obra, en la que puse todo mi ser y toda mi voluntad.

Los desaciertos de los partidos liberales, han demostrado por dolorosa experiencia, la seguridad palmaria de que sólo nuestra doctrina y nuestros procedimientos sostenidos y gobernados por V. M. son los únicos que pueden salvar á la pátria, elementos son que han de acrecer nuestras fuerzas y asegurar nuestro necesario triunfo; para éste, y para seguimos, Señor, contad siempre con vuestros cristianos, patrióticos y monárquicos carlistas, inflamados y sostenidos por el amor, la convicción y la lealtad.

Que Dios acoja y premie nuestras intenciones y nuestros trabajos; que Él os inspire y proteja; y sea este *Libro de Honor* nuevo juramento de fidelidad que en nombre de la comunión tradicionalista pone

SEÑOR

Á. L. R. P. de V. M.

El Marqués de Cerralbo.

1891-1892.



Al concluir de leer el *Libro de Honor*, no pude menos de exclamar:

¡Felicísima ha sido la idea del Sr. Marqués de Cerralbo dando á conocer en sus detalles la brillante colectividad que forma el *Libro de Honor*, precedido de aquél magnífico Mensaje!

Nocedal conoce el *Libro de Honor*, no me cabe duda, y asustado de la exuberancia de vida del Carlismo, y queriendo hacer comulgar con ruedas de molino á los borregos que le siguen, y tratando de justificar su amor á.... las instituciones liberales, dijo que había muerto el carlismo, haciendo traición á su misma conciencia que seguramente le estaría diciendo todo lo contrario.

El Carlismo aparece á la vista de todo el que no esté ciego por la pasión, como un poderoso gigante en la plenitud de su vida, que aguarda oír la voz del Rey, para lanzarse á la pelea y escribir en la historia gloriosas é inmortales epopeyas.

El *Resúmen del Libro de Honor* me obliga á pensar de ese modo.

Quiero hacerle constar aquí en contraposición á la hipócrita afirmación del rebelde Nocedal.

Resúmen del Libro de Honor.

Senadores carlistas.....	2
Diputados á Córtes.....	5
Diputados provinciales.....	19
Alcaldes y concejales.....	726
Juntas regionales.....	13
Idem provinciales.....	37
Idem de distrito y locales.....	1.088

Advirtiéndole que cerrado el «Libro» en el mes pasado

de Julio, no se pudieron incluir los muchísimos que desde aquella fecha se han constituido.

¡Bravo, magnífico! ¡Bién por el Sr. Marqués de Cerralbo y por los carlistas de verdad que tan bien han sabido secundarle!

Este grandioso resultado de la organización carlista ha llenado de estupor y coraje al rebelde Nocedal, y viéndose completamente derrotado dice á los suyos que el carlismo ha muerto, siendo esa la razón de pasarse á los liberales para sostener con ellos la causa de..... las instituciones.

Por lo demás la afirmación de Nocedal «*el carlismo ha muerto* equivale á estas otras: «el agua no moja, el fuego no quema y el sol no dá luz.»

Ahora quiero saborear también la hermosísima carta que el Sr. Duque de Madrid dirigió al Sr. Marqués de Cerralbo manifestándole su gratitud por la idea felicísima de haber reunido en el *Libro de Honor* cuantos datos son necesarios para que S. M. pueda formar acertado juicio de la organización de la gran Comunidad católico-monárquica.

CARTA DEL SR. DUQUE DE MADRID

«VENECIA 6 DE DICIEMBRE DE 1892.

Mi querido Cerralbo: Pensaba enviarte por Zubizarreta la contestación al mensaje que acompaña al «Libro

de Honor.» Pero como aquél leal carlista prolonga por algún tiempo con gran contentamiento mío, su estancia á mi lado, no quiero retrasar tanto el contestarte.

Idea felicísima ha sido la de reunir en un volúmen que pueda yo tener siempre á la vista los nombres de los que nos prestan su concurso en el Senado y en el Congreso, en las Diputaciones provinciales y en los Municipios, en las Juntas, en los Círculos y en la prensa.

Dí á todos ellos que esos nombres quedan impresos más indeleblemente que en las páginas que les consignan, en mi corazón agradecido.

En las tristezas de la hora presente, á través de los sombríos presentimientos del mañana, cuando en todos los ámbitos de la Península el instinto del pudor nacional toca á somatén contra las públicas prevaricaciones, cuando las concupiscencias de los que abajo se exasperan por el ejemplo de los concupiscentes de arriba, paréceme providencial inspiración la de reunir en un volúmen esa falange de hombres de deber y de sacrificio.

«Libro de Honor» lo llamas tú oportunamente, «Libro de la honra nacional» aspiro yo á que sea llamado con justicia.

Harto conoces mi ardiente patriotismo, y bien sabes que en circunstancias como las que atravesamos, el español, y nada más que el español, habla en mí.

La bancarrota gubernamental de todas las ideas contrarias á las nuestras, que al contacto de la piedra de toque del poder han demostrado su impotencia, permítenos considerar como inevitable el advenimiento de nuestros principios y de mis derechos, en los que se compendia la solución genuinamente nacional, la única posible, la que se impone por la inconstrastable fuerza de los hechos.

Inmensa es mi gratitud á la Providencia, que en estos momentos decisivos me pone en la mano ese personal escogido, sólidamente organizado, como instrumento de regeneración para la pátria, como un pueblo sano y viril dentro de otro pueblo exangüe y aniquilado.

Moralidad, honradéz, integridad en la Administración, tales son las aspiraciones de España, á las que sólo nosotros podemos dar satisfacción completa.

Al decir nosotros, refiérome principalmente á los que en más de medio siglo de altivo apartamiento de los negocios públicos jamás se han contaminado de la inmoralidad imperante; pero no me cabe duda que al lado de ellos acudirán muchos desengañados que tristes y añejas preocupaciones separaron hasta ahora de nuestro campo.

Las protestas que contra lo existente formulan, con actos ó con palabras, hombres de bien que se creen nuestros enemigos, me afirman en esta esperanza.

Sus entendimientos, oscurecidos todavía tal vez, no están con nosotros, pero sus corazones son ya nuestros. Los espero.

Y no hay acaso consuelo mayor para mí en los momentos actuales que el saber que cuando vuelvan los ojos esos arrepentidos hacia el campo carlista, hallarán fraternalmente tendida la mano de mi Representante, para abreviarles el camino hasta mí.

Gracias, una vez más, mi querido Cerralbo, por todo lo que me has hecho y por todo lo que haces, que, con ser tanto y tan admirable, aún ha de ser superado por lo que de tí espera

Tu afectísimo

Cárlos.»

¡Magnífica carta! ¡Cartas como ésta solamente las puede escribir un Rey verdaderamente católico y caballero!

A un rey, que escribe con esa entonación, y que tan lisa y llanamente expresa esos elevadísimos conceptos, no se le teme, se le ama como á padre cariñoso que en cada español vé un hijo por quién siempre está dispuesto á hacer todo género de sacrificios.

En fin, viendo que el cacique nocedalino no parecía por mi casa, me fuí con mi familia á la iglesia para asistir á los Maitines de Navidad y oír después la Misa del Gallo.



CAPÍTULO V

DESDE el día feliz que me suscribí á *El Correo Español* deseo por momentos llegue la hora de que el cartero entre en mi tienda á dejarme la correspondencia.

Una hora más tarde que de ordinario llegó en este día, hora que me pareció secular.

Abrí el número correspondiente al 23 del actual y me fijé lo primero en la sección titulada «*Movimiento carlista*», en la cual, entre otras cosas, da cuenta de una entusiasta correspondencia recibida de.... mi villa, correspondencia en la que se habla de los preparativos hechos para la formación del Círculo Carlista, de discursos pronunciados en la reunión, de acuerdos tomados etcétera, etcétera. En fin, en dicha correspondencia se indica también que nuestros adversarios políticos, aún algunos amigos, vienen poniendo obstáculos para la realización de tan hermoso proyecto, con estas palabras: «Y no queriendo ser ya más molesto, le diré á V., Sr. Director, que en la citada reunión se nombró una Junta provisional y organizadora para que activara los trabajos y apartara los inconvenientes que se presentaran por adversarios nuestros, y aún lo que es más triste, *por algunos amigos.*»

Yo bien sabía que dos clases de enemigos se oponían

á la formación del Círculo Carlista, los integristas y tres ó cuatro carlistas, porque esto ya se había hecho público y notorio á todos; pero esperaba en cuanto á los primeros un pronto y feliz resultado por las promesas que dos días antes me había hecho el cacique nocedalino, aunque ya recelaba de su conducta por no haber vuelto por mi casa, si bién me tranquilizaba algún tanto en atención á las Pascuas, días en que él había de recibir y hacer bastantes felicitaciones, por tener entre el clero no pocos amigos.

En cuanto á los segundos, ó sea en cuanto á los tres ó cuatro carlistas, refractários á la formación del Círculo, teniendo yo en cuenta su modo de ser y sus antecedentes, no podía ya esperar cosa buena de ellos; y por lo mismo excogitaba yo mil y mil medios para librarnos de esas calamidades, que, más tarde ó más temprano, habían de proporcionarnos muy sérios disgustos.

¡Qué hermosa es la virtud, de la humildad!—me decía yo—¡Qué hermosa es esta virtud, por la cual conociéndonos á nosotros mismos sin lisonja, nos encerramos dentro de los límites de lo que en verdad somos! El hombre verdaderamente humilde no concibe de sí una idea superior á lo que en realidad es, ni pretende que los demás se equivoquen en la apreciación de sus cualidades, ensalzándolas injustamente. De este modo, reconociendo en nuestra conciencia que nada absolutamente somos, por medio de la humildad nos anonadamos del todo á la presencia de Dios. La humildad es, pues, el sacrificio más glorioso que podemos ofrecer al Señor, ya que envuelve la inmolación más sincera y más completa de nuestro ser. ¡Oh! Esta virtud es un amor para con Dios llevado al último extremo! Por eso mismo Dios corresponde á los humildes con un amor verdaderamente

extraordinario y constantemente derrama sobre ellos infinidad de gracias. Con razón, pues, la humildad es considerada en las Sagradas Escrituras como el principio de todas las virtudes, bendiciones y glorias; así como el orgullo es tenido en las mismas como la causa de todos los crímenes y origen de todos los males.

Dijo Don Carlos *que no se puede ser carlista sin ser católico*, y tiene razón sobradísima, porque así lo exige la primera palabra de nuestro venerando lema, el santísimo nombre de *Dios*; y siendo la humildad la base de todas las virtudes, bién podemos decir que, así como no se puede ser buen católico sin ser humilde, del mismo modo no se puede ser buen carlista sin poseer esa virtud. Todo esto lo sé yo además por experiencia propia, porque el tiempo que yo fui nocedalino, me consideraba yo más hombre que los demás hombres, más recto y probo que los demás y hasta casi infalible en todos mis juicios. Allí donde yo iba llevaba la perturbación, la intranquilidad, los disgustos, los temores y los sobresaltos; y ni yo mismo estaba en paz conmigo mismo. Esto me hacía insupportable é insufrible con mis amigos y más de una vez perdí los respetos y consideraciones que siempre se deben á la verdadera amistad. En todos los actos y reuniones quería yo ocupar el primer puesto; nada de lo que proponían los demás me agradaba, y si algún acuerdo tomaban en contra de mi parecer, yo me oponía á lo acordado valiéndome de mil y mil excusas y pretextos para estorbar y entorpecer se llevaran á feliz término.

Reunímonos la flor y nata de los integristas de... mi lugar el último día de San Ramón, con el objeto de formar un Círculo titulado *La Integridad*; y como no había partido de mí el pensamiento, lo rechacé con todas mis fuerzas á pretexto de que había otras cosas más útiles y

necesarias que debieran hacerse con preferencia á todo por el bién del integrismo. Instado yo á que manifestara esas cosas de tanta necesidad y utilidad para la causa integrista, hablé de esta manera, cual si tuviera la convicción más profunda de todo cuanto decía. «Cosa buena es la fundación de un Círculo con el hermoso título de *«La Integridad»*, porque los resultados en favor de nuestra causa habían de ser óptimos; pero así y todo, creo deba aplazarse por ahora esa fundación, porque fácilmente podemos suplir la falta de Círculo con nuestros propios domicilios: en varias de nuestras casas hay habitaciones y salones espaciosos, y en cualquiera de ellos podemos celebrar nuestras juntas sin necesidad de imponernos ningún sacrificio para ello. En cambio, y teniendo en cuenta que los periódicos son hoy las armas más poderosas para edificar y para destruir, creo que todos, si amamos verdaderamente nuestra causa, debemos hacer un sacrificio para fundar, cuanto antes, un periódico en el que podíamos colaborar varios de nosotros, ó todos, y así, no solamente propagaríamos nuestros ideales políticos sino que también nos defenderíamos de los continuos ataques de todos nuestros enemigos, cosas ambas en las que todos nosotros estamos altamente interesados.»

Mi pensamiento fué acogido con entusiasmo por unos, y por otros fuertemente combatido.

Se discutió mucho por ambos lados y nada se acordó en definitiva, ni en cuanto al Círculo, ni en cuanto al periódico.

Pasó una semana; nos volvimos á reunir; se suscitaron mil y mil cuestiones; hubo integrista que defendiendo su parecer arrojaba espumarajo por la boca; este profería frases poco convenientes; aquél increpaba duramente á su adversario; este se ponía de pié, aquél se sa-

lía del salón, y en fin, que no sé yo en que habría parado aquella Babel si el presidente no se cubre dando por terminado el acto.

Resultado de todo, que ni se formó el Círculo, ni se creó el periódico.

Vergüenza me da recordar todo esto; pero es muy grande verdad que deseaba yo que se fundara el periódico tanto como ahora deseo que me dé Dios un tífus ó una pulmonía.

Todo era en mí hijo del orgullo, causa siempre de todos los crímenes y origen de todos los males.

Como no había sido pensamiento mio la fundación del Círculo *La Integridad*, solo pensaba yo en poner obstáculos á fin de que no se realizara.

¿Se hallarán ahora en ese mismo caso con respeto al Círculo Tradicionalista esos tres ó cuatro carlistas que tanta oposición vienen haciendo contra la realización de ese hermosísimo pensamiento?

A esos alude indudablemente el corresponsal de *El Correo Español* cuando dice en su entusiasta correspondencia: «Le diré á usted, Sr. Director, que en la citada reunión se nombró una Junta provisional y organizadora para que activara los trabajos y apartara los inconvenientes que se presentaran por adversarios nuestros, y aún lo que es más triste, *por algunos amigos.*»

«¡*Por algunos amigos!*» ¡Ah! Estos amigos que tantos inconvenientes presentan para la fundación del Círculo Tradicionalista, no son amigos verdaderos, los conozco yo muy bien, asistieron á todas las reuniones de los integristas celebradas antes de las últimas elecciones de diputados provinciales, prometiendo al candidato integrista darle todos los votos de los carlistas porque éstos no tenían candidato propio, y tuvieron valor, porque dos

de ellos son vocales de la Junta Carlista, para escribir una carta á los electores aconsejándoles que votaran á los candidatos mestizos é integristas por ser los más afines. Esos dos ó tres individuos ni son hoy ni jamás han sido carlistas, son integristas, son alfonsinos, son liberales que, para dar muerte ignominiosa al inocente cordero, se han vestido con el traje carlista y hacen creer á algunos que son tan carlistas como el mismo D. Carlos.

Todo, todo lo sé, porque cuando yo fuí integrista, ellos lo eran; y no una, sinó muchas veces, me manifestaron sus maquiavélicos y vergonzosos planes contra el carlismo.

A estos integristas, que aparentan ser católico-monárquicos, los llama el señor Cura Párroco de mi lugar «los *Matatias Ignaciados*», tal vez por la analogía que tiene el calificativo con sus propios nombres.



CAPÍTULO VI

Como la lectura de *El Siglo Futuro* deja en el alma y el corazón ciertos resabios, y como un *virus* que de vez en cuando hace por llevarnos por malos senderos y caminos, queriendo yo curar radicalmente los pésimos efectos de esa especie de pecado original político, me hice con una colección completa de los números de *El Correo Español*; y leyendo el número 498, experimenté muy grande placer y alegría al ver allí publicada una carta de Don Cárlos dirigida al general Cevallos, carta que, despues de leerla detenidamente, la copié al pié de la letra, no sólo para que me sirviera de remedio contra aquellos malos efectos, sinó que también por hársela escrito mi amadísimo Rey á un general á cuyas órdenes serví yo también algún tiempo en la última guerra civil.

Mientras la estuve copiando, no se me olvidó ni un solo instante el cacique nocedalino, quien, en cuatro días no había podido ó no había querido cumplirme la promesa de volver por mi casa.

Dice así referida carta:

«PALACIO LOREDÁN 11 DE MAYO DE 1890.

Mi querido Cevallos: Con mucho gusto he recibido tu carta del 6.

Tu letra me recuerda aquellos tiempos en que entrando de lleno en la vida política, me lanzaba con fé y entusiasmo á trabajar por la pátria, y en que tan útiles me fueron tu actividad y tu experiencia. ¡Cuántas decepciones desde entonces! ¡Cuántos sufrimientos en estos veintidós años!

Ya empiezan á asomar las canas en mi barba; pero afortunadamente sólo ha nevado por fuera, y en mi corazón arden siempre los brios de la juventud.

No hemos perdido el tiempo; lo hemos aprovechado, aunque no sea más que por el tesón con que se ha mantenido la Bandera; y si el año 68 éramos una esperanza, más lo somos aún en el año 90.

Esperanza política y esperanza social, pues el privilegio de la verdad, que nosotros defendemos, consiste en dar solución á todas las cuestiones. Sólo los principios tradicionales pueden resolver el conflicto social, como sólo ellos pueden hallar salida para el conflicto político.

Tan grande como hermosa es mi responsabilidad al presentarlos, y teniendo conciencia de ella casi me espantaría á no contar con el concurso de todos vosotros. Más que nunca es hoy necesaria la unión en nuestras filas, y más que nunca es indispensable el respeto al principio de autoridad, que es la clave de todos los problemas insolubles para la revolución. Vosotros los veteranos debeis predicar ese respeto á los jóvenes que han aprendido á veneraros, y no será este el menor de los servicios prestados por la generación legendaria á que tienes la honra de pertenecer.

Por eso me complacen en extremo los espontáneos y sentidos elogios que tributas á Cerralbo. Tienes razón al admirar el tacto con que me representa. Si á sus dotes y á la autoridad con que le he investido se añade el presti-

gio que podeis darle secundándole incondicionalmente los que le habeis precedido en el camino del honor y del sacrificio, pienso que con él y con vosotros llegaremos á hacer grandes cosas.

Gracias, mi querido Cevallos, por lo que tú pones de tú parte en esa obra, y cuenta siempre con el cariño de

Tu afectísimo

CÁRLOS.»

Razón sobradísima tiene Don César para quejarse de las decepciones que ha tenido en el trascurso de veintidós años, entre las que, la de Nocedal, fué la que más le irritó por las calumnias del rebelde; pero todo eso no obstante, en el corazón magnánimo del Rey arden siempre los bríos de la juventud, aquel fuego y heroismo que inflama y agiganta el corazón de todos los súbditos.

«Más que nunca es hoy necesaria la unión en nuestras filas, y más que nunca indispensable el respeto al principio de autoridad, que es la clave de todos los problemas insolubles para la revolución.»

¡Libre Dios al cacique nocedalino de aconsejarme otra vez que yo vuelva á ser integrista! ¡Mal, muy mal, lo había de pasar si tal infamia cometiera! La unión entre los carlistas, la unión con Don César por medio de nuestros Jefes tiene mucho de parecido con la unión al Papa por medio de nuestros Obispos, y ni ese desventurado cacique nocedalino, ni todos los alfonsinos habidos y por haber podrán separarme ni por un solo instante de las filas carlistas.

Y llamo *alfonsinos* á los integristas porque el mismo Nocedal dijo en su discurso de Barcelona que «los integristas defendían la causa de Don Alfonso», y ninguno

de ellos ha protestado contra esa afirmación liberal. ¡Válgame Dios en lo que ha venido á parar la *integridad* de los nocedalistas! ¡¡Son liberales alfonsinos!!

¡Loco de contento estoy por haber dejado de pertenecer á ese grupo de Marotos capitaneados por el cómico Romea!

Yo me glorió de respetar el principio de autoridad carlista casi tanto como de respetar el principio de autoridad católica, porque toda autoridad viene de Dios.

Esa unión entre los carlistas, ese respeto y obediencia al principio de autoridad, que tanto encarece nuestro amado Rey en su carta al general Cevallos serán para mí la única pauta á que yo me sujete durante toda mi vida por amor y respeto á la «Santa Causa», y jamás oiré á los liberales alfonsinos integristas, porque soy un «integrlista desengañado.»



CAPÍTULO VII

POR fin, el cacique nocedalino de.... mi lugar, pareció por mi casa el día 7 de Enero último.

Había estado ausente del.... lugar, y esa había sido la única causa de no poderme cumplir su empeñada palabra.

Apenas nos saludamos, le recordé aquellos tiempos en que nos considerábamos los hombres más felices del mundo sirviendo á Dios, á la Pátria y al Rey en las filas carlistas á las órdenes del general Elío.

Aquellos recuerdos le impresionaron tanto, que hicieron asomar las lágrimas á sus ojos.

Nos abrazamos ambos y estuvimos unos momentos sin articular ni una sola palabra.

Pude tranquilizar su afligido espíritu y me convencí de que su arrepentimiento era verdadero.

Me concedió cuanto le pedí en aquella noche.

Le supliqué entre otras cosas, dejára la suscripción á «El Siglo Futuro» y que se suscribiera á «El Correo Español», que se inscribiera como sócio del Círculo Tradicionalista y que asistiera á la Junta general que en la noche del día siguiente habíamos de celebrar los carlistas para revisar y aprobar el Reglamento por que había de regirse el Círculo y para nombrar la Junta Directiva del mismo.

Todo me lo concedió mi amigo Don José, por lo que me convencí que él era ya otro integrista desengañado.

Y tanto más cuanto que él mismo me reveló los diabólicos planes de otros integristas, que, hacía mucho tiempo, venían fingiéndose carlistas para entorpecer la organización de los leales en mi lugar.

—No creas al comerciante *Ignominia*, mi querido Valentín—me dijo—no le creas, no, que es más hipócrita que el mismo Jansenio. Ten presente que la cabra tira siempre al monte.... y que él fué un miliciano nacional de los más exaltados. Al fin es comerciante, pero comerciante que hoy comercia con la idea católico-monárquica, y echándose las de carlista consigue que los curas vayan á comprar á su comercio y gran número de nuestros correligionarios. De simple viajante que era ¿Cómo había de creerse él que algún día había de ser el principal del comercio en que lo habían recogido casi de limosna? Murió su principal y la viuda... vamos, necesitaba un hombre que se pusiera al frente del comercio; y sin reparar que ella podría ser abuela de.... *Ignominia*, se compuso de modo que se casó con él sin escrúpulos. Ella, como sabes, es bastante piadosa, y le ha llevado á él por los mismos caminos de la piedad, pero él va por esos caminos, no por vocación, sinó por el vil interés, porque quiere que le deje por heredero universal. En fin, que ese hombre, que se da más importancia que un Ministro liberal, y que apenas sabe escribir una carta, comercia con todo, con los carlistas, con los curas, con la piedad y hasta con su misma mujer,

Pues bién, ese hombre, integrista también por conveniencia, es uno de los mayores enemigos de los carlistas de..... nuestro lugar: él dice que no quiere Círculo Tradicionalista por *ahora*, sin embargo de haber conseguido con sus actos y mañas que sus amigos Matatías y Romualdo, sean individuos de la Comisión organizadora...

—¡Estoy como pasmado, mi amigo Don José! ¡Parece imposible que haya hombres tan hipócritas!

—Hay más todavía, mi querido Valentín. A sus amigos de más confianza los está trabajando para que no se hagan socios del Círculo; ya verás como ni él, ni Vitorio Campestre; ni Matatías Gonzalera, ni Romualdo Cascañas asisten mañana noche á la gran reunión carlista. Estoy bien enterado de todo. Esta tarde estaban los cuatro dados al mismo demonio, porque la mayoría de la Comisión organizadora habían pasado papeleta de invitación á todos los carlistas, convocándoles para la dicha Junta. Yo mismo he presenciado esta tarde una escena entre esos hipócritas y un fiel carlista, y, si no hubiera sido por la calma y abnegación de este, seguramente que habría habido gravísimos disgustos.

—¿Fué la escena con Don Antonio Alvarez?

—No: fué con el presbítero Don Gorgonio Dieza. Le preguntó el comerciante Ignominia que si asistiría mañana á la dicha Junta, y como contestase afirmativamente, no puedes figurarte cuanto le instó para hacerle variar de propósito. Viendo que no lo podía conseguir, le dijo: Le aseguro á V. que trabajaré cuanto pueda para que no prospere el Círculo, y ni yo, ni estos mis *verdaderos* amigos seremos socios, ni otros muchos, porque todo se hace contra mi voluntad y contra todas las conveniencias, y me extraña mucho que V. se haya inscrito ya como tal. ¡Ustedes los sacerdotes no debieran mezclarse en estas cosas! ¡Bastante tienen ustedes con sus rezos y sus misas!

—Pues eso mismo dicen los liberales y todos los enemigos de Dios, de la Iglesia y del Clero. ¡Qué barbaridad! ¡Vaya un católico! ¿Y qué le replicó Don Gorgonio Dieza?

—Dijole, entre otras cosas, que eso era quitar al lema tradicionalista la primera y más veneranda palabra, la palabra *Dios*, con la cual damos á entender que no podemos ser carlistas sin ser católicos, apostólicos, romanos, y por consiguiente sin reconocer y confesar la altísima misión del sacerdote católico en el orden religioso, moral, social y político; que intentando arrojar de la sociedad al sacerdote católico, lo que se intenta es arrojar al mismo Dios, cayendo por lo tanto de piés á cabeza en el maldito liberalismo condenado por la Iglesia.

—Están bien conocidos ya esos pobres hombres, lo mismo el comerciante Ignominia, que Vitorio Campestre, Matalías Gonzalera y Romualdo Cascañas. Son lobos vestidos con piel de cordero y quieren los primeros puestos entre los carlistas para traerlos y llevarlos á su antojo por los miserables y ruines caminos de su egoísmo. Su único criterio es decir á todo cuanto proponen los leales «no conviene» «no es tiempo», «hay otras cosas de más importancia», «eso se hará después»; en fin, que con esas y otras muletillas lo están entorpeciendo todo y vienen teniendo metidos á los leales carlistas como en un círculo de hierro evitando su organización en.... este lugar y en toda la provincia. En una palabra, que ellos siguen siendo lo que antes hemos sido nosotros, unos pérfidos integristas, unos descabezados nocedalinos, víctimas de la más estúpida y diabólica soberbia. ¡Cuántas gracias debemos dar nosotros á Dios porque nos ha abierto los ojos para apartarnos á tiempo de esos caminos de perdición! El que crea en Nocedal ó es un tonto ó un pillo. ¿No recuerda V. lo que decía Nocedal en «El Siglo Futuro» correspondiente al 2 de Diciembre de 1882?

—En este momento no lo recuerdo, amigo Valentin.

—Pues yo sí porque no hace muchas horas leí el nú-

mero 123 de «El Centro», que, tomándolo del dicho número de «El Siglo Futuro», dice: «Es de todo punto falso y mentiroso que el Sr. Duque de Madrid, D. Carlos de Borbón, haya hecho traición á su bandera, que es la nuestra. Fiel á los principios que representa y simboliza, jamás se ha apartado de ellos. Esto es público y notorio, así en España como en Europa. Quien dice lo contrario falta á la verdad; y como quien falta á la verdad, injuriando á un Príncipe católico, le calumnia, el Sr. Duque de Madrid ha sido calumniado.»

«Dios-Pátria-Rey, son las palabras que estan inscritas, y así, por este orden, digan lo que quieran los calumniadores, en la gloriosa bandera que tremola con su robusto brazo el Duque de Madrid. Como príncipe y como caballero está ofendido, injuriado, *calumniado*, por quien tiene la audacia de afirmar que ha hecho traición á nuestra bandera. Búsquense otros pretextos para rebelarse y levantar el estandarte de la escandalosa sedición. Pero no se mienta, no se injurie, no se *calumnie* al que EXCLUSIVAMENTE REPRESENTA EN ESPAÑA UNA POLÍTICA ENTERAMENTE CATÓLICA, QUE NO ES OTRO QUE EL SEÑOR DON CÁRLOS DE BORBÓN. Dispuesto está como sus gloriosos antepasados, á ser brazo derecho de la Iglesia: lo ha probado con hechos positivos: lo ha dicho repetidas veces: no se ha desmentido jamás, y con la gracia de Dios jamás se desmentirá.» ¿Vé V. mi querido amigo Don José? En el año 1882 nos encontrábamos en igualdad de circunstancias.

—Ciertamente, mi amigo Valentin, como lo demuestran bien claramente las palabras de «El Siglo Futuro.»

—Pues ya vé V., Don José: también en 1882 se calumniaba al Rey; también se le injuriaba; también se decía con notoria mala fe que había cambiado de doctrina y que paulatinamente se liberalizaba; también se asegu-

raba entonces que Don Carlos había hecho traición á nuestra bandera; también se decía lo mismo que hoy se dice y se inventaban las cosas que hoy se inventan y se buscaban los recursos que hoy se buscan.... Y entonces como ahora los rebeldes llamaban liberal á Don Carlos y acusaban de cesaristas á los que le seguían fieles. Nosotros creímos entonces que no era cesarismo obedecer á Don Carlos, como no es cesarismo ni oportunismo obedecerle y servirle ahora, porque por algo la Providencia colocó en su cabeza la corona de R... y en nuestra mano el fusil y bayoneta del soldado. ¿Y qué merece el soldado que vuelve el fusil y la bayoneta contra su R... comprometiendo los sagrados y caros intereses de la Religión y de la patria? Es verdad que ahora, en el sentido recto y genuino de la palabra, no se ha vuelto ningún fusil ni ninguna bayoneta contra Don Carlos, pero se ha vuelto la pluma, que es el arma de más potencia que tenemos los tradicionalistas en tiempos de paz, para esgrimirla en defensa de nuestra Religión sacrosanta, de nuestra patria querida y de nuestro R... idolatrado.

—Estoy enteramente conforme contigo en todo cuanto dices, mi querido Valentin, y no temería yo decir hoy al mismo Nocedal lo que él decía hace diez años: *Búsquense otros pretextos para rebelarse y levantar el estandarte de la escandalosa sedición, pero no se mienta, no se injurie, no se calumnie al que exclusivamente representa en España una política enteramente católica, que no es otro que el señor Don Carlos de Borbón.*»

—Ni yo tampoco temería decir al mismo Nocedal y á los borregos ó pillos que le siguen: «Hombres que nos llamais oportunistas y cesaristas, porque respetamos á quien debemos respetar y obedecemos á quien debemos obedecer; venid, y puesta la mano sobre vuestro pecho,

contestad á estas preguntas: ¿quién ha cambiado? ¿quién ataca hoy lo que ayer defendía? ¿quién es el inconsecuente? ¡Vosotros, vosotros los nocedalinos sois los que habeis cambiado, vosotros sois los inconsecuentes!»

—Son incontestables tus razones, mi querido Valentin.

—Hay más todavía, Don José. Es cosa bien sabida que los rebeldes de ahora tienen como los rebeldes de siempre su empeño especial de rebajar el valor de la tercera palabra de nuestro lema. Véa V. cómo opinaba «El Siglo Futuro» en aquella otra época de rebeldes y leales.

Decía así en la 2.^a plana del número 21 de Octubre de 1882:

«*Que jamás nos apartemos de nuestras verdaderas tradiciones, desea ardientemente el Papa.* La mera manifestación de este deseo de nuestro Padre Santo, cae como plomo derretido sobre la conjuración de novadores que, dados al absurdo intento de fundar sobre el excepticismo político la defensa de los intereses religiosos, tienden por este mero hecho á desquiciar el eje de nuestra vida nacional, cuyo fundamento ni ha sido, ni es, ni puede ser otro sinó la monarquía católica, es decir, la concordia perenne, íntegra del catolicismo y la realeza, del *altar* y del *trono*. Esta concordia es, en nuestra pátria, la forma nativa del vínculo necesario que LIGA EN TODAS PARTES LA POLÍTICA Y LA RELIGIÓN; Y QUIEN QUIERA QUE DE CUALQUIER MODO ALTERA Ó MUTILA ESA FORMA, NO SÓLO SE APARTA DE NUESTRAS VERDADERAS TRADICIONES, SINÓ QUE LAS DA MUERTE EN SU ESENCIA Y SUSTANCIA MISMAS. Cualquiera, pués, que ese atentado cometa contra las leyes naturales, históricas y jurídicas de nuestra vida nacional propia, denunciado queda como parricida.» Con sobradísima razón podemos apostrofar á Necedal y á sus borregos di-

ciéndoles: vosotros que nos acusais de cesaristas, venid aquí, y contestad: ¿quién es ahora el parricida? ¿quién se aparta y hiere de muerte nuestras tradiciones? ¡Ah! Si no os dominara la pasión y os asistiera la lógica ¿qué diríais ante esos elocuentísimos textos que presentamos?

—Seguramente que se avergonzarían de su vil é injusto proceder y serían como nosotros *integrístas desengañados*, mi querido Valentin. ¡Cuánto tengo que agradeceros!

—Hay mucho más todavía, señor Don José. En 25 de Noviembre de 1882, plana 2.^a, decía «El Siglo Futuro»: «Por ejemplo, en Bélgica, en Austria, en Alemania y en Inglaterra, la cuestión religiosa no se complica con la cuestión política, en el sentido de que los defensores del derecho, para serlo íntegramente, necesiten disputar ó negar sus títulos de posesión á los poderes públicos. En esas naciones, pues, los católicos dichosamente pueden limitar la espera de sus deberes, y por consecuencia de su actividad, á exigir de los poderes públicos respeto leal y continuo á los derechos de la Iglesia. Pero en cambio hay otros Estados donde el deber de los católicos, bien que proponiéndose como fin sacar á salvo los derechos de su conciencia, no puede menos de empezar por remover el capital estorbo que para ello les opongan poderes engendrados por la violencia ó por el fraude, y manifiestamente erigidos para calcular á toda hora, de todos modos, y como por ley de raza, aquellos derechos.»

«Si es legítimo un orden político y legal, por el mero hecho de ser legítimo, posee cierta aptitud para entender y no desoir la voz del derecho; pero si es ilegítimo, y por añadidura en su propia ilegitimidad funda, como es probable, la mejor garantía de su permanencia, ó se habrá incapacitado para entender la voz del derecho, ó

aún cuando la entendiera, por ley de su mismo ser, no la oirá nunca. Donde quiera pues, que se dé este deplorable caso, *la cuestión política se liga tan estrictamente con la religión, que viene á ser una misma.*» Y por si esto parece poco claro, señor Don José, oiga V. lo que decía «El Siglo Futuro» en la 1.^a plana del número del 7 de



Julio de 1881, lamentando el hecho de haber presentado los tradicionalistas rebeldes un candidato para la Diputación á Córtes en el distrito de Azpeitia: «Los guipuzcoanos NO QUIEREN SER REPRESENTADOS POR QUIEN EMPIEZA TRATANDO DE DESGARRAR SU BANDERA, QUITÁNDOLE LA BASE POLÍTICA QUE ÚNICA Y EXCLUSIVAMENTE GARANTIZA LAS OTRAS

DOS BASES RELIGIOSA Y SOCIAL.» ¿Qué le parece á V. todo ésto, señor Don José?

—¡Qué me ha de parecer, mi querido Valentin! Pues que el desgraciado Nocedal ha incurrido en todo aquello que él mismo condenaba en los rebeldes de 1881 y 1882: eso es lo que me parece.

—Ciertamente que sí, mi amigo Don José: por eso mismo vuelvo yo á preguntar: «¿Quién desgarraba la bandera en el año 1882? ¿Quién la desgarró ahora? ¿Quiénes quitaban entónces la base política *que única y exclusivamente garantiza las otras dos bases religiosa y social?* ¿Quiénes quitaban esa base el año 1888? ¿Quiénes la quitan ahora? ¿Quiénes se apartaron entónces de nuestras verdaderas tradiciones? ¿Quiénes se apartaron ahora? ¿Quién era el calumniado en 1882 y 1888? ¿Quién es el calumniado ahora? ¿Quiénes eran los calumniadores entónces? ¿Quiénes lo son ahora? ¡Ah! Don Carlos era el calumniado entónces y Don Carlos es el calumniado ahora. Los calumniadores de antes como los calumniadores de ahora, los que en aquella fecha desgarraban la bandera como los que la desgarran ahora, los que entónces se apartaron de nuestras verdaderas tradiciones como los que se separan ahora, se designan con el nombre de rebeldes. Pero... ¡oh poder de la inconsecuencia! Los rebeldes de ahora no son los rebeldes de entónces. Los rebeldes de ahora estaban en aquella época á nuestro lado combatiendo á los rebeldes de entónces. Los rebeldes de ogaño eran como nosotros tildados de cesaristas, oportunistas y liberales por los rebeldes de antaño. Pero los primeros comprendían que entónces no era cesarismo ni oportunismo estar al lado del R.... católico, obedecerle y respetarle, y abrazados á la bandera tradicionalista seguían impertérritos su marcha; ahora desgraciadamente han

entendido que en realidad es muy cesarista y muy oportunista el que no insulta y calumnia al R... todos los días y á todas horas. La razón única de este radical cambio en Don Ramón Nocedal, mi amigo Don José, ya sabemos todos cuáles, *el no haberle prorrogado Don Carlos la Delegación que concediera á su padre.*

—Ni más ni menos, mi querido Valentin: esa es la verdadera clave de todo cuanto viene sucediendo.

—Pero lo más pasmoso de todo es, señor Don José, que, no obstante haber trascurrido ya más de cuatro años desde que Nocedal fué expulsado como rebelde de la Comunión católico-monárquica por nuestro amado R..., ni Nocedal ni los suyos hayan podido señalar los puntos en que haya faltado el R...

—Efectivamente que esa es también otra razón poderosísima para probar que Nocedal y los borregos que le siguen son unos miserables calumniadores

—¡Y tan poderosa como lo es! Cosa muy extraña es que en todo ese tiempo trascurrido desde que fueron expulsados de la Comunión católico-monárquica no hayan descubierto las tramas, ni hayan sacado á los traidores á la pública vergüenza, ni hayan presentado el pastel sin ninguna clase de tapujos, ni declarado la especie de complot que se ha formado, ni manifestado al público las planchas masónicas de todos los personajes de mayor confianza de Don Carlos....

¿Por qué no han hecho luz sobre todo ésto, yendo en ello su probidad, su patriotismo, su honra y su buena fama? ¡Y cómo han de hacer luz si todas las afirmaciones sobre este particular son otras tantas calumnias!

Y tanto es todo esto así, señor Don José, que esos rebeldes no han podido aún sacar un texto para probar que alguien ha dicho *que el R... es la primera palabra*

de nuestro lema, ó que hay que ceder á las aspiraciones de la civilización moderna y prescindir de los principios é instituciones que no sean compatibles con el liberalismo, ó que hemos de renunciar á defender los principios que puedan espantar ó retrasar á nuestros enemigos, ó que lo que importa es triunfar aunque sea sin las doctrinas..... y tantísimas otras cosas como han dicho los rebeldes.

—Desgracia grande es haber dicho *todo eso*, y no haber podido probar nada en más de cuatro años, mi querido Valentín! ¡Cuánto me alegro de que tú tengas todas estas cosas tan rebien meditadas!

—¡Desgracia! Es el colmo de la vergüenza é ignominia para Nocedal y sus borregos no podernos decir á los leales: «Tal cosa la dijo tal periódico en tal día, plana 2.^a ó 1.^a, línea 3.^a ó 4.^a, y tal otra cosa la dijo este otro periódico en tal fecha, plana, columna, etc. Además el R.... ha dicho esto y esto en tal documento, contrario á los principios fundamentales de la comunión, etcétera.» ¡Desgraciados nocedalistas que no pueden concretar un hecho ni formular un cargo, y que se alimentan con cuatro cálculos extraviados y cuatro suposiciones calumniosas! ¡Hipócritas.... que dicen que siguen á Dios, pero que real y verdaderamente están dejados de su santa mano!

—Solamente siento yo una cosa, mi querido Valentín, y es, el escándalo que yo he dado á los leales carlistas por haber estado con los rebeldes nocedalinos. ¡Esto lo estaré llorando toda mi vida! ¡Haber sido rebelde un oficial que sirvió al R.... católico, á las órdenes del general Elío!

En la reunión que mañana noche se ha de celebrar no tengo yo inconveniente en pedir perdón á todos los car-

listas que se congreguen con motivo de la institución del Círculo Tradicionalista. Yo debo dar pruebas de que soy un *integrista desengañado*, y las daré siendo obediente á todo cuanto se me ordene, pues no tengo otras aspiraciones que servir á Dios, á la Pátria y al Rey. Y si llega un día en que sea necesario tomar las armas para defender la Monarquía Católica, iré inmediatamente á donde se me mande; y la voluntad de mis Jefes esa será la mía.

Más te digo, mi querido Valentín: hasta desearé que se me imponga un severo castigo por mi rebeldía pasada, y aunque ese castigo fuera quitarme los galones de oficial y dejarme de soldado raso, no por esto había yo de quejarme ni lo más mínimo, ni tampoco había de huir de los peligros. Mi vida es de Dios, de la Pátria y el Rey, y solo ansío llegue el día de ponerla en peligro defendiendo todo cuanto representa el lema venerando de nuestra bandera.

—Esos mismos son mis propósitos y mis deseos, señor Don José, deseos y propósitos que yo también haré públicos si se me permite, en la reunión de mañana noche.

—Grande es la alegría que experimenta mi corazón, mi querido Valentín, y no parece sinó que se me ha quitado de encima una montaña de bronce con haberme apartado de la senda de perdición en que me han tenido la soberbia y la rebeldía. Basta por esta noche, mi querido Valentín, que ya se va haciendo tarde y no quiero que mi familia esté con cuidado por mi tardanza en volver á casa.

—¡Dios ha bendecido nuestra obra, señor Don José, pues ya somos los dos *integristas desengañados*, dispuestos á defender en *todos* terrenos la santa bandera

«Dios, Pátria y Rey», como ya la defendimos en los campos de batalla á las órdenes del general Elío!

—¡Viva el Papa-Rey!

—¡Viva España!

—¡Viva el señor Duque de Madrid!

—Viva!



el Rey, el Rey y Rey como ya se debieron en los
campos de batalla a las ordenes del general Llaño
— Viva el Rey —
— Viva España —
— Viva el señor Duque de Madrid —
— Viva —



CAPÍTULO VIII



¡QUÉ hermoso y consolador es el ser católico-monárquico!

¡Las grandes conquistas y las más sublimes epopeyas las ha reservado Dios solamente para los tradicionalistas españoles!

¡La bandera carlista «*Dios, Pátria y Rey*» es ciertamente una enseña descendida del cielo!

¡La bandera del liberalismo «*Demonio, estómago y tiranos*» enseña es del mismo infierno y propia solamente de bestias cuyo Dios es el vientre!

La bandera integrista ó nocedalina enseña es de rebelión y de una hipocresía más refinada aún que la del mismo Jansenio; es la misma bandera liberal cubierta con el hermoso manto de la verdad con dos fines á cual más diabólicos, el engañar y seducir á los incautos. ¡Es la bandera de Caín y Judas! ¡Bandera de exterminio del justo, bandera para vender al mismo Dios! ¡Bandera sin Génesis, bandera sin Deuteronomio!

¡Caiga al fondo de los mismos abismos esa bandera que arroja á Dios de la sociedad! ¡Fuera de España esa bandera que no reconoce los derechos de Dios y su Iglesia Santa! ¡Deslíndense claramente los campos! ¡A un lado los católico-monárquicos y á otro lado los liberales, los alfonsinos, los mestizos é integristas! ¡A la derecha los tradicionalistas ó carlistas y á la izquierda los liberales!»

Así se explicaba anoche en el Círculo tradicionalista mi muy querido amigo D. José, el ex-cacique nocedalino, integrista desengañado como yo.

No es, pues, de extrañar que los más entusiastas y estrepitosos aplausos interrumpieran mil veces su grandilocuente discurso.

«No ha habido poder humano—decía—por gigante y opresor que haya sido, capaz de contener una *idea*, cuando ésta, sobre ser *justa*, se ha hecho forzosamente *necesaria*. ¡Tal es el carlismo! Pues esto no obstante: ¡Aún tenemos los católico-monárquicos muchos y muy cobardes tiranos! Aún viven nuestros insaciables verdugos que no quieren quitar de nuestros despedazados hombros sus opresoras y malditas cadenas de *deshonra* y *desprecio*! Y nosotros católicos-monárquicos, nosotros que siempre fuimos poderosos gigantes para trasladar montes y dilatadas cordilleras, para volcar estrepitosamente los más grandes océanos, cambiar la faz de los mundos y hacer casi temblar al firmamento.... ¿qué hemos de hacer en estos críticos momentos? ¿Qué hemos de hacer?.... Nada más que obedecer al señor Duque de Madrid y á su Delegado el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo. ¡Sigamos teniendo paciencia hasta que nuestro sufrimiento sea como el pasmo de los cielos y la tierra! Iremos tomando nota de *todo*, pero despacio y sin ruido, porque el silencio ha sido siempre el mejor guardián de la justicia.»

«Para prepararnos *legalmente* á la defensa, no solo hemos de mirar codiciosamente á la tierra, porque, en tal caso, todos nuestros esfuerzos y sacrificios serían mañana completamente ineficaces y aún contraproducentes, sinó que debemos mirar también, y mucho más, al cielo, donde todos tenemos un Padre, pero un Padre aman-

tísimo, un Padre que á todos nos atiende y que á todos nos mira con igualdad, mandando al sol salir para buenos y para malos, y á las aguas que rieguen los campos, lo mismo los del fiel creyente que los del impío.»

«Y cuando ya, pueblo español, pueblo católico-monárquico, tu paciencia y resignación se hayan agotado por los *excesos* de tus tiranos, como se agotan las aguas del arroyo por los rigores estivales, entónces, pueblo católico-monárquico, pueblo carlista, obra como siempre obraste, como león indomable y de todos muy temido, ruge entonces con todo el poderío de la raza hispana, ruge atronando y conmoviendo las casas y palacios de los enemigos de tu Dios, de tu Pátria y de tu Rey, porque esos enemigos son tus crueles tiranos! ¡Ruge, sí, y que tus rugidos de *justicia* conmuevan los valles más profundos, los montes más empinados y..... hasta el mismo trono de Dios, si fuera posible! ¡Ruge, sí, como lo hicieras en Astúrias á la mágica voz de Pelayo, como rugiste te en León con los Ordoños.... y como en *Villalar* con los comuneros! ¡Ah! Y si llegasen esos días tan terribles y espantosos, pueblo católico-monárquico, agigántate más y más, sé lo que siempre fuiste peligrando tus derechos y libertades; lucha sin trégua ni descanso.... y si caes herido, restaña tus heridas! Y....—¡oh, pueblo católico-monárquico!—antes que vivir deshonorado bajo el ominoso yugo de la opresión y tiranía anticatólica y liberticida.... ó sucumbe en la lucha, abrazado á tu immaculada bandera «Dios, Pátria y Rey, ó que la sangre de tus mejores hijos sea cual inexpugnable muro, ante el cual queden confusamente amontonados los espantosos y terrórficos cadáveres de todos y cada uno de tus insaciables verdugos!»

Los más nutridos aplausos y los más entusiastas vi-

vas interrumpieron á mi queridísimo amigo y correligionario D. José, por parte de todos los sócios del Círculo, habiendo mediado una circunstancia que á todos nos proporcionó un gozo y alegría indescriptible.

Hallábanse también en los salones del Círculo, los integristas Ignacio Desván, *Ignominia* por mal nombre, Victorio Campestre, Matatías Gonzalera y Romualdo Cascañas, y todos cuatro, cual si un mismo resorte hubiera movido su lengua, pidieron á gritos ser sócios del Círculo, abjuraron de sus errores integristas, dieron los más entusiastas vivas á D. Carlos y á su Delegado el Excelentísimo Sr. Marqués de Cerralbo y manifestaron su firmísimo propósito de trabajar con decidido empeño toda su vida en pró de la Santa Causa, ocupando un lugar en las últimas filas, si así era la voluntad de sus Jefes.

Dicho se está que fueron recibidos por todos con los brazos abiertos, sin que nadie les echara en cara sus pasados errores.

Concluyó después mi queridísimo amigo y correligionario Don José, siendo tan aplaudido como antes, y después hizo uso de la palabra el Sr. Presidente del Círculo, pronunciando un bellissimo discurso sobre el venerando lema de nuestra bandera «Dios, Pátria y Rey» que también fué muy calurosamente aplaudido.

Haré de él un extracto para poner fin á mi pequeño trabajo.

o o
o

«NO SE PUEDE SER CARLISTA SIN SER CATÓLICO» ha dicho nuestro amadísimo R... el Sr. Duque de Madrid, y ved aquí la razón poderosísima por la que yo principio mi discurso dando un entusiasta *viva* que quisiera que de

ro lillas repitieran todos los mundos, viva que á vuestros corazones es gratisimo como lo es al mio ¡VIVA EL PAPA-REY! ¡Viva el primero y principal representante de Dios en la tierra, el Padre de los creyentes, el Jefe supremo de la Casa de Israel, el Pastor de los Pastores, el Siervo de los Siervos de Dios, el Pontífice Máximo, Luz del cielo, el Defensor de la verdadera libertad, de la fraternidad, de la igualdad y el progreso, de todas las justicias y derechos, el primer sábio y el primer político de la época presente! ¡¡Viva, viva el Papa-Rey León XIII!»

Todos lo socios contestaron con verdadero frenesi y entusiasmo al *viva* del señor Presidente, pareciendo que se venían abajo los salones del Círculo.

Restablecida la calma, continuó el orador y dijo:

«Muy justo es, señores, que, habiendo yo de ocuparme, aunque á grandes rasgos, de la significación de los lemas de la bandera tradicionalista «DIOS, PATRIA Y REY», haya principiado con un grito de amor, consideración y respeto á la Majestad más augusta de la tierra que, con verdadero heroismo, y con derecho el más santo y legítimo, defiende la primera palabra de nuestra bandera, la que conserva inmaculada un egregio Príncipe, el señor Duque de Madrid, proscripto injustamente de España, pero que vive en el corazón de la mayoría de los españoles y tiene un trono de amor en esos mismos corazones que, generosos como siempre, están dispuestos á derramar toda su sangre en defensa de todos sus legítimos derechos.» (Aplausos y vivas que interrumpen al orador.)

¡Hermosa, bella, sublime es nuestra bandera, cuyas glorias están escritas en el marmol y el bronce con caracteres indelebles!

Es la primera palabra de su lema la inefable palabra ¡Dios!

Por eso mismo los tradicionalistas somos antes que nada *católicos*, y por eso mismo, el señor Duque de Madrid dijo al señor Marqués de Cerralbo en una carta de fecha 2 de Abril de 1890: «Si se puede ser católico sin ser carlista, no se puede ser carlista sin ser católico.» Palabras que solamente puede pronunciarlas aquel que, como nuestro amado R..., sea eminentemente católico.

¡Dios, Dios, la Religión Católica, es necesario que informe todos los actos de la vida, ya obre el hombre como particular, ó ya como hombre público! Esta es la barrera inmensa que nos separa del liberalismo y de los liberales que arrojan á Dios del foro, de sus Congresos y Senados, de sus Liceos, Academias y Universidades, no cesando de repetir como furiosos energúmenos: «*Nolumus hunc regnare super nos!*»

Dios, pues, constituye la primera palabra del lema de nuestra bandera; la palabra más noble y más preciada de nuestro programa; el fundamento más sólido y esencial de nuestros principios. Dios es, por lo tanto, no solo nuestro fundamento, sino que también el blanco de nuestras aspiraciones, el principio de todos nuestros principios y como el legislador de todas nuestras leyes, como padre de todos, como soberano de nuestros monarcas y como objeto amantísimo de todas nuestras tradiciones. Amamos y defendemos el tradicionalismo, porque éste, y solo éste, haciendo al liberalismo una guerra á muerte, es el que ha sabido y está dispuesto siempre á sacrificarse en aras de la Religión Católica y de sus ministros; porque sus doctrinas son incompatibles con las malas doctrinas; porque sus principios son intransigentes con los malos principios; y porque catolicismo y liberalismo se repelen como Cristo y Barrabás, verdad y error, luz y tinieblas!» (aplausos).

«Ahora os diré también algo sobre la palabra PÁTRIA, la segunda de nuestra bandera.»

«Si es un sentimiento noble y elevado en todo ciudadano el amor á la PÁTRIA, este sentimiento, en todo buen tradicionalista, se convierte en deber muy sagrado é ineludible. Nosotros después de la Religión, amamos con preferencia á la PÁTRIA; y á ésta, la hacemos inspirar en la Religión como en su fundamento. El individuo, elemento primordial de la familia, sociedad diminuta como la llama Aparisi, por su condición de asociado, contrae el deber de ofrecerse á la defensa de la Pátria.»

«Nosotros, además de esa defensa material, tenemos la obligación de salir á la defensa de sus intereses morales; á la defensa de sus creencias católicas; á la defensa de sus sacerdotes; de sus cultos; de su organismo religioso; de su política católica; de su honor y de su prestigio. España necesita hoy más que nunca de nuestro apoyo; la Pátria, reclama ahora más que en otro tiempo nuestro patriotismo. Abandonada en manos de misteriales vampiros; hecha el oprobio de las demás naciones; vuelto jirones su manto de soberana, yace tendida como vieja prostituta que llora en el lecho de la muerte las extravagancias de sus frenéticos delirios. Ayer, rica; hoy, miserable. En otro tiempo, soberana de dos mundos; al presente, esclava de tiranos reyezuelos. Antes, llena de prestigio, elevábase altanera hasta las nubes y escribía su nombre con estrellas bajo el bordado pabellón del cielo; hoy, desprestigiado su nombre, recostada agonizante sobre los Pirineos, la contemplan las naciones con desprecio y la escupen en su rostro.»

Réstame solo explicaros el concepto de la palabra

Rey. Para los que vemos en la realeza, no la tiranía de un déspota, ni la impotencia de un ridículo maniquí, la palabra *Rey* nos produce la misma cadenciosa armonía que la palabra *padre*. En la monarquía tradicionalista, el Rey es la forma noble que representa aquel principio incompatible con cualquiera otro falso principio. El Rey es el que solícito cuida por el bienestar y la tranquilidad de sus gobernados; El es el primer soldado y el primer creyente; El, quien da ejemplo de caballerosidad y catolicismo, y quién doblegando su cerviz ante la Iglesia, la presta el apoyo de su poderío. Por eso nosotros queremos el Rey para la Pátria, y la Pátria y el Rey, para Dios.

¡En verdad no puede darse en España fuera del partido carlista, otro partido que con tanta integridad y pureza de principios, satisfaga tan cumplidamente los tributos debidos á la Religión y las exigencias debidas á la Pátria!» (Ruidosos y prolongados aplausos.)

«Permitidme ahora, señores, que yo, en nombre de todos, apostrofe con santo entusiasmo á nuestra inmaculada bandera.»

«Bandera sacrosanta, bandera inmaculada, bandera de Dios, Pátria y Rey; ¡yo te bendigo!»

«Yo te saludo, pero... ¡ah! ¿dónde estás bandera mía que no te veo ondear ni en los minaretes de Granada, ni en los picos de Covadonga, ni en las torres de la villa del oso y del madroño?....»

«Tú que paseaste triunfante la tierra de polo á polo, tú que cobijaste dos mundos, tú que venciste á las turbas agarenas, tú que cantaste la gloria de cien victorias en cien batallas, tú que aplastaste el orgullo y la ambición del coloso de nuestro siglo, tú, en fin, reina de las victorias, madre de las grandezas, antorcha de la civilización, ¿dónde estás? ¿dónde te encuentras?....»

«¡Ah! callad, callad; un confuso y vago rumor se levanta de la tumba de nuestros antepasados, sí... ¿no escuchais? Atended:»

«Hijos desnaturalizados, extranjeros atrevidos, esclavos del orgullo y de la maldad: ¿qué habeis hecho de



nuestro patrimonio? ¿qué de la brillante historia que os legamos? ¿cómo pisotear nuestras grandezas? ¿cómo insultar nuestras memorias? ¿cómo escarnecer nuestras venerandas tradiciones? Hijos del libertinaje ¿qué habeis hecho? ¡Ay de vosotros! Hijos de la corrupción ¿no os

avergonzais de que la que era señora de dos mundos sea ahora mísera esclava y débil y haraposa pordiosera? Seres depravados ¿no os avergonzais de que la Soberana de las naciones en cuyos dominios nunca se ponía el sol, sea ahora el ludibrio, el escarnio y el desprecio de las otras naciones?... ¡Miserables, miserables! ¿dónde está la bandera de Dios, Pátria y Rey?....»

«Estos ecos repercutían en vetustos pero venerables sarcófagos, en los cuales estaban grabados con letras de oro los nombres de un Pelayo, un Recaredo, de Alfonsos, de Jaimes, de Fernando é Isabela, de Felipe II y Carlos V y de otros muchos que la acción del tiempo no había dejado de ellos huella alguna.»

«Pero.... bandera sacrosanta, bandera de Dios, Pátria y Rey ¿dónde estás? ¿dónde te encuentras?»

«Mira, mira que tu pátria perece, mira que está ya próxima al abismo de su total perdición, mira ¿no ves como en ella reina el desorden y la corrupción, la maldad, y el libertinaje?»

«Bandera sacrosanta, bandera de Dios, Pátria y Rey ¿dónde estás? ¿dónde te encuentras?....»

«¿Acaso te perdiste en el fragor de la batalla? ¿Acaso algún apóstata te despedazó allá en los riscos de Covadonga? ¿Acaso en las Navas, en Pavía, en Bailén ó en Lepanto? No; te veo ondear victoriosa en las torres de Granada. No has perecido, no... ni puedes perecer.»

«¿Acaso algún infame te hizo girones en Trafalgar, en el Bruch, en Gerona ó en Zaragoza? No, no; el águila de la ambición cuyo raudo vuelo asombraba á las naciones, cuyas garras eran invencibles, allá, en Santa Elena, reclinada en duras rocas, llora amargamente el triste y funesto desenlace de su vida, llora su destrucción, llora su ruina. No ha perecido, no, la veo ondear en el campo

de Somorrostro, Lacar y Montejurra y veo sus gloriosos pliegues tintos de la sangre de los mártires.

«Sí; bandera sacrosanta, bandera de Dios, Pátria y Rey, bandera de salvación y de esperanza; el augusto caudillo destinado por Dios para salvar á España la empuña con mano férrea, el descendiente de Pelayo y de San Fernando la tremola orgulloso allá en su amargo destierro; el nieto de cien reyes espera á que suene la hora en el reloj de la Providencia para hizarla á los cuatro vientos á fin de que cobijados en ella los españoles de buena voluntad, salve á la infortunada España que yace oprimida bajo el peso del fatal liberalismo...»

«Bandera sacrosanta, bandera de Dios, Pátria y Rey, yo te bendigo, yo te saludo con toda el alma, porque tú y solo tú has de hacer feliz y venturosa, como en otros tiempos, á mi amada Pátria, á la bendita tierra de los héroes, de los santos y de los sábios.»

(Nutridísimos aplausos y vivas los más entusiastas al Sr. Duque de Madrid. Una voz: «¡Que hable nuestro señor cura siquiera cuatro palabras!» Varias voces: «¡Que hable, que hable!»)

«Complaciente nuestro señor cura Párroco, dijo con voz clara y sonora:

«Como ministro que soy de un Dios de paz, de perdón y misericordia, en nombre de ese mismo Dios, os pido, os ruego y suplico que todos vosotros os perdoneis los unos á los otros si en algo os habeis ofendido. ¿Qué decís?» (Varias voces: «¡Sí, señor, sí, señor: todos nos perdonamos.») «No basta que os perdoneis, mis queridos consocios. Es además absolutamente necesario que os améis los unos á los otros con verdadero y purísimo amor de fraternidad. ¿Qué decís?» (Todos contestan: «!Nos amaremos siempre como hermanos!») «Pues bien; ahora

me permito recordaros que no tenemos otras armas *legales* que el *voto* ó el *sufragio* para derribar y sepultar al liberalismo, al gigantesco tirano del siglo XIX. Bien sabeis todos que los liberales sostienen las *instituciones vigentes* y que éstas sostienen y fraternizan á su vez con los liberales. ¿Tendréis vosotros valor para dar vuestro *voto* ó *sufragio* á ningún candidato liberal? (Todos los socios contestan unánimes: «¡No, señor, no señor!») «¿Y votareis todos como un solo hombre al candidato católico-monárquico ó carlista?» (Varias voces: Todos, todos.) «Pues si así lo haceis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande. Yo también daré mi *sufragio* al candidato católico, y mil *sufragios* que tuviera, no solo por deber de conciencia, por lo que lo haré *únicamente*; pero si yo no tuviera ese convencimiento profundo, de todos modos le votaría, aunque solo fuera por *egoismo*, porque los liberales todos quieren que los curas y todo el clero se *alimente* nada más que con indulgencias y jubileos, con golpes de pecho y el humo del incienso. Así es que yo no puedo explicarme como hay algunos sacerdotes que den sus votos á candidatos liberales. Concluiré dando unos *vivas* que serán á vuestros oídos más gratos que la más dulce armonía: «¡Viva el Papa-Rey! ¡Viva España católico-monárquica! ¡Viva nuestro amadísimo R.... el Sr. D. Carlos VII.»

Todos mis consocios y correligionarios repitieron los tres *vivas* con un gozo y entusiasmo verdaderamente indescriptibles.

¡Oh! Aquello era lo que había que ver y oír!....

¡Parecíame estar en las puertas de la gloria!

No me cansaré de dar gracias á Dios por haber bendecido tan copiosamente mis pequeños trabajos; pues es lo cierto que, desde aquella fecha tan memorable, ni se

ha vuelto á hablar de integristas en mi lugar ni tampoco se han vuelto á recibir periódicos de la secta jansenístico-liberal-nocedalina.

¡VIVA EL REY!

V. S. T.

Integrista Desengañado



ÍNDICE

	PÁGS.
A mis lectores..	3
CAPÍTULO I.—Artículo I.—Intranquilidad y santos deseos de un integrista de buena fé.. . . .	11
ART. II.—El integrista de buena fé, volviendo á ser carlista ó tradicionalista ante Dios, desea serlo también ante la Pátria y el Rey.	14
ART. III.—Jamás ha sido traïdor D. Cárlos á la bandera tres veces santa «Dios, Pátria y Rey.» Pero Nocedal sí lo ha sido: por lo menos á la Pátria y al Rey.	17
ART. IV.—Alegrías del integrista desengañado por ser ya <i>tradicionalista</i> ante Dios, ante la Pátria y el Rey.	22
ART. V.—Amenazas del cacique nocedalino al <i>integrsta desengañado</i>	25
CAP. II.—ART. I.—Condenación de «El Siglo Futuro» por D. Cárlos.	29
ART. II.—El cacique nocedalino ó integrista no quiere la formación del Círculo tradicionalista en su lugar, y el integrista desengañado le prueba la conveniencia, necesidad y utilidad de estos Círculos.	31
Está yá en la conciencia de todos que la rebeldía de Nocedal, y sus calumnias á D. Cárlos, no reconocieron otra causa que la de no haberle prorogado Don Cárlos la Delegación que concediera á su padre.	36
Las poderosas razones del <i>integrsta desengañado</i> inclinan al cacique nocedalino hacia el carlismo.	39
CAP. III.—ART. único.—El integrista desengañado en justa compensación, por los daños hechos á la Santa Causa, se propone trabajar como un héroe en las elecciones á favor de los candidatos carlistas	45
CAPT. IV.—ART. I.—La bandera de los integristas es «Yo, Pátria y Nocedal», ó «Yo, antes Yo, después Yo, y siempre Yo»	52
ART. II.—Los integristas son liberales y por eso sostienen la causa de D. Alfonso.. . . .	56
Carta-mensaje del Excelentísimo Sr. Marqués de Cerralbo á D. Cárlos en «El Libro de Honor».. . . .	58
Resúmen de «El Libro de Honor».	58

Carta del Sr. Duque de Madrid al Sr. Marqués de Cerralbo con motivo de «El Libro de Honor».. . . .	64
CAPT. V.—ART. único.—Sin la virtud de la <i>humildad</i> no se puede ser buen carlista.. . . .	68
Hipocresía de los integristas ó nocedalinos.	70
CAPT. VI.—ART. único.—Carta de D. Carlos al general Cevallos sobre el respeto al principio de autoridad y necesidad de la unión perfecta entre los carlistas.. . . .	74
CAPT. VII.—ART. único.—Integristas que se fingen carlistas para entorpecer la organización de los leales	78
D. Carlos de Borbón jamás ha hecho traición á la bandera tradicionalista.	81
Los rebeldes a D. Carlos han tenido empeño en rebajar el valor de la tercera palabra de nuestro lema.	84
En más de cuatro años ni Nocedal ni los suyos han podido señalar los puntos en que ha faltado el Rey.. . . .	88
CAPT. VIII.—ART. I.—Las dos banderas: la católicomonárquica y la liberal.	93
ART. II.—Extracto de un discurso sobre el venerando lema de la bandera tradicionalista «DIOS, PATRIA Y REY».	96
Es inesplicable que un sacerdote católico vote á favor de un candidato liberal, sea <i>mestizo</i> ó <i>integrlista</i>	99

RETRATOS

De Don Carlos VII.	2
De Doña Margarita.	9
Del Príncipe Don Jaime.	21
De Doña Blanca.	38
De Doña Elvira.	43
De Doña Beatriz.	51
De Doña Alicia.	62
De Don Alfonso, hermano de Don Carlos.	67
De Doña María de las Nieves, esposa de Don Alfonso.	86
Del Excelentísimo Sr. Marqués de Cerralbo.	92
De Don Francisco M. Melgar, Secretario de Don Carlos.	101

PLANTAS DE AFRICA

MADRID: DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

LEON: INSTITUTO ESPAÑOL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1958

PRECIO: 50 CENTAVOS DE PESETA (COMUNIDAD)

Puntos de venta



Madrid: Benito Perdiguero, Reina, 4—2.º

León: Instituto, 8, pral. Redacción de

EL PADRE VERDADES

Precio: 60 céntimos de peseta ejemplar